



OSMÁN ARANGUIBEL C.
LAS IRAS
DEL ORATE

LAS IRAS DEL ORATE

USMAN AR

LAS IRAS DEL ORATE

LAS IRAS DEL ORATE



**LAS IRAS
DEL ORATE**
OSMÁN ARANGUIBEL C.


**ELPERRO
yLARANA**

*A la memoria de mis padres
y de mi hermano Gonzalo.*

A Álvaro Aranguibel Egui.

A mis familiares y paisanos

PRIMERA PARTE

LOS RAYOS DEL SUEÑO

TÚ, ALBERTO, VES los rostros desdibujados de las figuras de papel lustrillo que rodean tu cama... Por entre las diminutas rendijas que dejan abiertas las pestañas, ya con la última luz de la habitación, empieza a delinearse de nuevo en lo alto del techo y mucho más allá, la cinta de agua azulosa... Se disipa y vuelve a aparecer, más grande cada vez, llenándote desde hace largo rato las dos masas de círculos concéntricos que arden hacia adentro a todo vapor.

(Ya le empezó de nuevo... Debe tener como cuarenta y uno. Y las benditas medicinas como si fueran un guarapo).

Ahora, sobre la inmensa pantalla tornasolada aparecen más visiblemente los detalles de la cinta del río; su lento discurrir, sus piedras pardas en forma de astillas, los bejucos de la orilla y las ramas descolgadas contra los socavones... Puedes incluso presentir el frescor que viene en húmedos paños, invade los solares de las primeras casas y se trepa al barranco de la calle.

(Podría si quisiera bajar por este tobogán multicolor hasta los tablones de caña junto a los cuales descienden las eses de las aguas. Y ascender en rápido impulso sobre las lomas al fondo; cada vez más altas desde La Floresta, hasta el cerro borroso que mira hacia Trujillo”).

Casi aquí mismo estabas aquel día, brincando y contando adivinanzas con otros muchachos de tu edad, cuando alguien —¿fuiste tú?— advirtió a la mujer que indecisa y temerosa, con algo en los brazos que parecía un niño

envuelto, se arriesgó a cruzar la incómoda corriente. Y vieron con asombro cuando, más o menos a una cuadra de distancia, trastabilló, se fue de bruces y largó desesperada su envoltorio... Todos a una saltaron en cuatro o cinco trancos hacia el río y con todo y cotizas se alinearon, poco antes de donde el caudal choca contra las rocas de La Cumba, para rastrear el menudo bojotico blanco que venía en bajada... Diez brazos nuevos, tensos, extendidos hacia el agua. Un grito y muchos otros de desesperación en lo alto del barranco. Y la pobre mujer de la tragedia cayéndose y parándose sobre las piedras resbaladizas del fondo, en un esfuerzo animal por dar alcance a su perdida pertenencia... Tus ojos se grabaron para siempre aquella escena. Toda la superficie del agua, hasta la valla palpitante que ustedes conformaron, fue penetrada palmo a palmo por las miradas más ansiosas y también más decididas... Y fue Julieta, la hija menor de los Mezoti, aquellos agricultores de apellido foráneo pero tan de La Pedregosa como tú, quien de un solo envión hundió los brazos regordetes y sacó el bojote de trapos, casi hacia el cielo, como para que el sol secara también en diez segundos los chorrerones de agua.

Las risas de aquella media mañana fueron más grandes y estruendosas cuando la niña de meses que había hecho de lanchita improvisada parecía una ballena diminuta, lanzando borbollones y respirando con desespero y chillando como sólo muy de vez en cuando solía hacerlo Dos Rayos del Sol...

(“Por eso te digo y te repito Nerio... Deja que tú vayas a La Pedregosa, para que veas lo que es tierra y gente buena. Nada ha alterado aún allí la tranquilidad, el cielo es limpio

y la vida parece como si se viviera dos veces... Cuando yo vaya de vacaciones puedes irte conmigo a conocer”).

Ella, Dos Rayos, era quien te había contado, en uno de los momentos en que tenía su cabeza sosegada, la historia alucinante de la más grande y devastadora creciente del río... De este engañoso río Castán que es vidrio bufado en las montañas de Boconó, mapanare airada en las laderas de Trujillo, lumbre de lajas descomunales en La Plazuela y desde aquí, desde La Pedregosa hasta el rescoldo del Motatán, cortina de pomagaza hecha ladrillo intenso en su caída.

En el ranchón que sirve de cobijo a su demencia, a la salida del pueblo, entre invocaciones a espíritus y lamentos desgarradores, Dos Rayos da rienda suelta a su sermoneo. Tú, Alberto, retienes receloso tus cortos años muy cerca de la entrada. La vieja, enjuta, menuda, nerviosa, levanta los ojos de lagarto hacia el destartalado bahareque y deja por un rato en suspenso la retahíla... Está en cucullas, los pies deformes sobre el piso de tierra, escoltada por esos horribles colgajos de culebras, iguanas, lagartijas y ratones disecados que penden del techo y por los racimos de frascos llenos de cucarachas y chipos que se apretujan en los rincones.

El cuatro, percutido y remendado, está sobre un taburete, al lado del camastro que tiene por tendido una estera... En muchas noches de luna llena y aún en la plenitud del sol a mediodía ese cuatro sencillo ha sido el solitario e inseparable compañero de Dos Rayos.

Voltea el rostro terroso hacia ti, Alberto, y se te queda mirando, con una mano asida de una de las flechas de sus greñas.

(“¡Qué fea es!.. Allá en la casa dicen que uno no la debe ver de frente, porque embruja. Pero ella no parece mala... Ella no es mala”).

—Tenéis que saber —dice con voz calmada— que cuando los chaparrones comenzaron, después de las quemas de las rozas, ya yo estaba anunciada de que ellos iban a desparramar las aguas encantadas, pa’ que se vinieran tronando con todos esos espantos de otros mundos a llevarnos por alante, a berrear enfurecidas desde las copas de los árboles y a maldecinos todas las noches y los días que duró la creciente, con su mala intención de que nos muramos o no vivamos más aquí...

Se le aviva la roña de los ojos y vuelve a templar, embebida, una de sus mechas.

—La cabeza de la creciente llegó con la nohecita... Alante venía, parada a flor del agua, una culebra del tamaño de la iglesia. Y más atrás árboles enteros, derechos, como los mangos de la plaza. Parecía la callejuela de San Vicente que iba navegando. Y casas completicas sin desarmar, pero sin las gentes. Y cochinos, vacas y caballos... Todo el pueblo estaba en el barranco del río. Las aguas barrialosas y jediondas fueron tapando las matas de caña, las guafas, los bucares y empezaron a subir hasta la calle. Ya estaría amaneciendito el tercer día cuando dejaron de pasar animales y corotos. Todo quedó en silencio, como si alguien se hubiera muerto. Y de repente apareció el Primer Rayo del Sol, que era mi hombre. El don de mi vida. El compañero de Dos Rayos, una servidora... Iba hacia arriba, hacia las cabeceras de las aguas encantadas, alzado sobre la cresta de la creciente. Hubo relámpagos que bambolearon la tierra, de aquí hasta las llanuras de

Monay. Fue cuando yo supe que todo se había perdido... Después vinieron las borrascas y entonces aquel pantanero negro anegó las calles, las casas, la plaza, el campanario de la iglesia... Y desde lo más alto del cerro, hacia donde las gentes habían salido juidas, vieron cuando el barrial tapó la Casa de La Floresta... Al fin, con las últimas horas de los días, las aguas se escurrieron y todo quedó hecho un camposanto. Ellos, los hombres malos, me dijeron entonces que mi Primer Rayo se había convertido en una laja grandota en La Plazuela... Yo voy a verlo siempre. Y allá le llevo mis flores y mi canto.

Tú aún estás presente cuando las manos escamosas hacen sonar el maltrecho instrumento. Una quejumbrosa letanía sacude el cobertizo y sale hacia el aire seco de la calle.

—ALBERTO... ALBERTO... despierta. Haz un esfuerzo y trata de poner de tu parte, para que comas algo. No puedes seguir así.

Apenas lograste recoger los pesados párpados, apareció amable y cariñosa la cara de tu mujer Amalia. Ella estaba inclinada sobre la cama y de cerca, tal vez por las ojeras honradas que le viste, pensaste muy fugazmente que estaba como más vieja, aun cuando ella era siete años menor que tú.

Volteaste, a duras penas, para mirar el pequeño reloj que estaba a un lado de tus pies, encima del televisor.

(“Las tres y cuarto de la tarde... Más de dos horas de fiebre y escalofríos... Dígame si este carajo doctor se ha

equivocado y no es la tal influenza ni la inflamación ahí abajo lo que tengo”).

Sobre la mesita rodante de calor marrón, que por lo general servía de bar en el apartamento, estaban apiladas las medicinas: gotas, cápsulas, supositorios, pastillas, jarabes...

—Déjame secarte un poco, para que te cambies el piyama. Has sudado a chorros. Pero eso es bueno, a ver si se te quita la fiebre... Voy por agua para que te tomes las pastillas. Y mientras tú te lavas y te pones el supositorio en el baño, yo le cambio la sábana a la cama.

Once años de casada contigo tenía Amalia. Era oriunda de Palmarejo, de una familia de apellido Bermúdez. Se conocieron por aquellos lados en una Semana Santa, entre un montón descomunal de gente volcada a la orilla del Lago. Los menos eran quienes se bañaban, no quizás por rechazo a las aguas turbias y aceitosas, como de ciénaga en la orilla, sino por mantener la juerguita, animada con comidas y tragos sin cesar, allí bajo los techos de paja de aquellos improvisados caneyes.

Tú andabas con dos de tus hermanos, Gustavo y Gesael, ambos también de La Pedregosa en Trujillo. Los tres trabajaban, desde tiempos diferentes, en las compañías petroleras... El grupo donde se encontraba la muchacha estaba a pocos pasos de ustedes. Ella sobresalía por su gracia en la conversación. Pero mucho más, tal como tú la veías, por la belleza de su figura, bien formada, con un abundante cabello oscuro que se agitaba incesantemente sobre el color trigüeño de la piel.

Fue más o menos fácil establecer una primera conversación y un inicial cambio de impresiones... De allí al día en que, una tarde de mayo en Lagunillas, la hiciste

formalmente tu esposa, habían pasado seis meses de entrevistas volanderas, visitas en su casa e incluso paseos con otros familiares a tu pueblo de Los Andes. Once años desde entonces, de ser la señora Amalia de Lunar y diez de ser la madre de Alberto José Lunar Bermúdez, a quien todos le dicen Albertico.

(“Alberto Lunar... Esta cara parece más bien la de mi difunto padre Ladislao, en sus últimos años. Entre el daño de las fiebres del paludismo y éstas del maldito virus ese, con todos los intestinos inflamados, me van a dejar derecho en la mortaja”).

—Ya está la sopa de huevos, con papas y cilantro, Alberto... Ven para que te la comas calientica.

—AQUÍ ESTÁ NERIO, el chofer del señor Castillo... Trae un recado para ti.

Nerio Parada entra a la habitación con un recato que más bien parece timidez. La riza franca y las maneras sencillas de siempre... Desde el nombramiento del señor Ramiro Castillo como Director General del Ministerio de la Construcción, dos años atrás, pasó a ser su conductor oficial. Y es de imaginar la proeza que esto significa para Nerio, si se toman en cuenta los arranques del carácter y otras condiciones personales del “doctor” Castillo.

El viejo relojito marca las 10 y 35 de la mañana. Ves la hora y piensas que hoy debe ser miércoles. ¡Claro!, por el tiempo aquí acostado, debe ser miércoles.

(“Menos mal que no me he atrasado en mi trabajo de la oficina... Todo quedó al día el sábado por la tarde

y, gracias a Dios, hasta acá me han traído incluso algunas cosas importantes, para cuando no tengo estas benditas fiebres y cagantinas. Pero por más que sea, carajo, ya llevo tres días en este plan y nada... ¡Hasta cuando!”).

—¿Qué tal señor Alberto. Cómo marcha?

—Aquí amigo Nerio, molido. Esta epidemia creo que es capaz de derrumbar hasta a un elefante... ¿Y qué me trae por ahí?

—El mal se le nota en la cara, señor Alberto. Está bastante quebrantado... Mire, el Viceministro le mandó a decir que trate de ir mañana a las siete, que lo espera en su oficina sin falta y que aquí le envía estos papeles para que usted vaya viendo de lo que se trata.

Nerio te alarga un sobre de manila mediano, con un membrete que dice “Ministerio de la Construcción/ Despacho del Viceministro”. Estás recostado en el coquete de la cama, con dos almohadones de espaldas y una gruesa cobija verde que te cubre de la cintura hacia abajo... Cuando vas a recibir el sobre y empiezas a abrirlo, las manos huesudas te tiemblan.

Un documento tiene escrito en la primera página. —“Proyecto para desarrollar en las regiones una campaña anual de concientización contra el uso indiscriminado de trampas en la caza de animales salvajes” (“!”)... Otro: “Procedimientos posibles para una evaluación objetiva de la producción de adoboncitos”. Y otro: “La aplicación de la media en el coeficiente intelectual de los armadores de columnas”.

(“¿A ver?, no hay más. Son tres legajos. ¡Para qué serán estas cosas!... Yo que sólo soy jefe de Secretaría, ¿qué tendré que hacer con esto? ¿No se habrá equivocado?... No,

no puede ser. La nota que está aquí en su tarjeta dice muy claro: “Lunar, revisa y estudia bien lo anexo para mañana decidir, Atte. Castillo”).

—Está bien, Nerio... Infórmale al señor Viceministro que cumpliré sus instrucciones. Y saludos a los tuyos.

LA TAZA MENUDA, de loza colombiana discretamente dibujada, penduleó un cuarto de segundo en el borde de la mesa y cayó en seco al piso de granito del recibo. Casi ningún daño hizo el poco café guayoyo que quedaba en el fondo.

—Dicen que es suerte, Columba... Déjalo así. Ya lo recogeré.

—No Amalia, tranquila. Sigue hablando.

—Bien cuñadita, hágase tu voluntad... Por cierto que la tacita rota me ha hecho recordar la nochebuena aquella en Lagunillas, cuando estuvo de visita el amigo de Gustavo que tu mamá llamó después “al abusadorcito”.

—En El Milagro.

—Sí... El pobre, tan rascado como estaba, quería porque sí mantener la rígida posición de O’Higgins en la avenida La Paz. Pero apenas vaciaba lo que tenía en el vaso, se hacía el diplomático y empezaba a buscar hacia el lavadero, en la parte de atrás, con sonrisitas gazmoñas y pasos medio ridículos, para estar cerca del otro “matracazo”, como decía él... Bueno, “matracazo” dijo en la sala mucho después, cuando ya los viajes hacia el lavadero lo habían hecho superar las caminatas frenéticas de Trujillo a Cabimas que tanta fama dieron al Loco Sarría.

—Más bien fue generosa la vieja al suavizarle el apelativo...

—Tanta risa nos causó a todos de repente cuando, al caérsele y volverse puros pedacitos el vaso, miró alrededor como sorprendido en un delito, los lenticitos al aire escurridos sobre el último resto de la nariz, y dijo titubeante: “Bueno... este sí como que fue el matracazo final”.

—No habían cumplido tú y mi hermano Alberto el primer año de casados... Fue más o menos por el tiempo en que empecé el curso de Contabilidad de la misma academia donde él estudiaba por las noches... Estabas ya bien gordota con la barriga de Albertico.

—Y fijate... Alberto en aquella época tenía un trabajo atroz en la Compañía. No se puede negar. Era un verdadero robot, como les sucede a casi todos en los campos petroleros. Sin embargo, podía repartir mejor su tiempo... Los sábados le agradaba asistir a reuniones del Comité de Hijos y Amigos de La Pedregosa. Y los domingos nos íbamos para Las Morochas, donde tu mamá, o para Palmarejo o para Campo Rojo donde las Valecillos de Trujillo o para Maracaibo muy temprano, a pasear y almorzar... Después se le metió en la cabeza que debíamos venimos para Caracas, a buscar nuevos nimbos, según decía, y a asegurarle a Albertico un mejor futuro...

—Lo que pasa también, Amalia, es que hay que ser razonable. Aquí no les ha ido tan mal.

—Sí. Tal vez esté exagerando... o será que yo misma he venido poniéndome más nerviosa de la cuenta. Lo cierto es que aquí en Caracas, en los primeros tiempos, él compartía con entusiasmo su oficio de secretario o de cajero o de vendedor con sus estudios de Contaduría y hasta con

un curso de administración de personal que hizo después. Además, siempre tenía un rato para nosotros. Pero ahora desde que está en el Ministerio, trabaja en la oficina, trabaja en la casa todos los días habidos y por haber con papeles del Ministerio y siempre anda como si el tal vicedirector Castillo y el viejo malasangre del Ministro Zarco Elías lo anduvieran persiguiendo...

—No... No, quizás no sea así. Hoy día con sólo salir a la calle uno se vuelve loco. La gente se enferma, más con los enredijos del tráfico y los ruidos de las máquinas constructoras de edificios o de estaciones del Metro que con los problemas del trabajo... Aunque tú sabes que Alberto es un ser muy cumplido y trabajador. A lo mejor hasta lo hace pensando que todo el mundo es como él.

—¡Claro!, que nadie es capaz de jugarle una trastada y ahí tiene en sus mismas narices al hipócrita viejo Castillo... Se sirve y se ha servido del trabajo de Alberto, como del de muchos otros, que han sido siempre escaleras, y entonces a su tiempo, cuando le conviene, de acuerdo con sus cálculos y los de su rosquita, empieza a tirar las conchas de mango.

—Niña, pero ¿tú crees que a Alberto lo están manejando así?

—¡Ay Columba Lunar!... No sé si tú conoces aquel cuento nombrado "El Diente Roto", de un señor muy famoso llamado... Pedro Emilio Coll. Por ahí está el librito que compró Alberto hace tiempo... Bueno, a mí siempre me llamó mucho la atención lo que allí se dice, del tipo que se fue arriba sin saber ni una O por lo redondo ni mover una paja. Sólo a costillas de los demás. Y ahora me parece, no sé por qué, que este señor Castillo es el mismo

físico caso... Oye, y a propósito, ¡la medicina para la inflamación!.. Ya es la hora.

SIENTES, ALBERTO, el olor azufroso de la lona del catre. Y por debajo, una de las pailas del trapiche de San Vicente... El aposento debe estar mucho más oscuro quizás. Menos mal que el techo de palma se va alzando — alas nervudas del águila que está en el libro del maestro Don Nicasio— hasta la comba del cielo que se inclina hacia Butaque, mucho más allá de La Pedregosa. Y aparece la inmensidad de hojas de plátano, alineaditas como toldos, para que siquiera a medias pase el aguacero que viene arriando desde la playa.

Allí estás tú acurrucado junto a él, viendo cómo los goterones taladran la tierra blanca y oyendo cómo los truenos y los planazos del viento estremecen las angulosas laderas del conuco.

¡Ah rigor —dice para sus adentros Mano Tino—, dígame si están cargando de ancho los palos de agua en las cabeceras de La Plazuela!... De estas vegas de Ana Rodríguez no va a quedar parada ni una mata.

El retumbe pavoroso de los fogonazos y los chorrerones que aplastan las hojas anchetas contra ustedes... Mano Tino en cuclillas parece que estuviera haciendo otra cosa. Los brazos descolgados por sobre las rodillas. Inmóviles las manazas llenas de arrugas, ordinarias, callosas, como las de casi todos los del pueblo... ¡Cuántos estarán ahora así mismo, a lo largo de la infinidad de platanales y maizales que hay de aquí hacia abajo, hasta Jiménez y mucho más allá!

(“¡Y el río!... ¿Estará ya crecido? No, porque se oiría bramar también. Además, cuando lo atravesamos, después de dejar el camioncito, estaba ancho pero no llegaba a la cintura... ¡Si mi papá viera cómo esto se está anegando! A estos debe estarles cayendo agua sabroso, dirá... Menos mal que el muchacho anda con Faustino”).

Faustino Barreto —Mano Tino— sigue tranquilo, como si no pasara nada, bajo este diluvio. Y tú, Alberto, te sientes seguro, sin temor, porque estar a su lado es como acompañar al Viejo. Y porque además los hombres no tienen miedo.

¿Crees tú, por ejemplo, que Mano Tino tuvo miedo el día que se fue por el barranco de la curva de San Rafael, con el otro camioncito?... Dicen que iba full de bultos de plátano. ¡Agárrate, agárrate, Carmelo si no te queréis matar!, dizque fue lo único que le gritó al ayudante. Y plum fueron a caer abajo entre las piedras y el pozo que hace allí un recodo del río.

Ni él, ni Carmelo, ni Amoldo, ni José Antonio, ni ninguno de los del pueblo que se despeñaron por San Rafael tuvieron jamás miedo... Más bien las mujeres y los muchachos puede que le hayan cogido temor a la condenada curva. Incluso, más que temor era desconfianza, rabia y odio profundo por los llantos que tanto les hizo causar.

Ahora para regresar, bueno, tú verás que todo será de la misma manera. Cuando escampe, se parará sin mucho hablar, pondrá el machete debajo del brazo izquierdo, cogerá un racimo de plátanos en cada mano, se volverá hacia ti y apenas con un gesto o con un “vámonos” arrancará él adelante por la senda encharcada, evitando las gruesas

cepas desplomadas y hasta afincándose en ellas, derecho al paso del río que los está esperando...

(“¿Desde cuándo será Mano Tino agricultor?... Tal vez ni él mismo se acuerda, como la mayoría de La Pedregosa. Y menos mal que él siquiera tiene la facilidad del camioncito. Porque a casi todos los demás les toca sacar sus bultos en peso hasta la carretera. Para que se lleven la carga hasta Trujillo o hasta Valera y dicen que hasta Barquisimeto y no sé qué otras partes... Yucas y plátanos grandotes que nunca dejan de provocar, recién sancochados, con arvejas y queso blandito”).

Siempre así Mano Tino, con esa misma tranquilidad —o uno no sabe si será conformidad— que tuvo aquel día, Alberto, cuando llegó el fanfarrón de Gervasio Arbeláez a la esquina de la plaza, frente a la Jefatura, y le dijo con grosería. “O vos buscáis pa’ mañana los cien bultos de plátano que te queréis coger o si no vais preso; eso lo podéis jurar, porque lo que soy yo aquí mismo te mando a enchironar”. Y él le decía pero bueno don Gervasio, si la creciente del río arrasó con todo, ¿de dónde voy a sacar los plátanos?... “Bueno, no saquéis plátanos, saca los riales entonces, porque no vais a pensar que esas tierras se te dieron gratis por buenmozo pa’ que las trabajaras”. Y era para meterle un tiro al muérgano Gervasio, echón a cuenta de cacique. Pero a quien metieron y bien adentro en el calabozo fue a Mano Tino, porque tampoco tenía reales... Esa tarde, Pánfiro el policía no ha debido portarse tan servil.

(“¿Y en qué se puede diferenciar este muérgano de Arbeláez del muérgano de Castillo?”).

—MENOS MAL QUE DESPERTASTE, papá... Al rato de haberte dormido empezaste a temblar y a temblar como si tuvieras mucho frío. Mamá te puso otra cobija y te frotó bastante, hasta que después te quedaste más tranquilo.

Tú tenías los ojos abiertos pero como sin ánimo para mirar. Sin embargo, en un gesto de afecto sonreíste al muchacho —casi réplica tuya— y extendiste tu mano izquierda hacia la de él.

—¿Ya te sientes mejor?

—Un poco... ¿Y qué es de tu mami?

—Está en la cocina, preparando unas cosas para ti. Ella dijo que a más tardar a las siete te llamaría. Voy a decirle que despertaste.

(“Lo peor no son quizás las fiebres y tembladeras, porque cuando ellas me dan, paso la mayor parte del tiempo dormido. Lo que más me tiene de su cuenta es esta debilidad y también este dolor de cintura y en los huesos, que no aguanto... Verdaderamente esta vaina es brava palante! Y tenía que darme a mí”).

La tos, la tos que se queda trabada entre la flema y esa estrangulación tan grande que sientes en el pecho; las tenazas que sin compasión te laceran la cabeza. Y los vómitos y las diarreas y las fiebres y los escalofríos... todo eso, hasta la inflamación que te constriñe el colon, son —como tú dirías Alberto— “palos del mismo matorral”.

No hay pues escapatoria. Sólo un camino te queda y tú lo sabes: seguir religiosamente las indicaciones del doctor

Beirutti —en quien por lo demás has tenido siempre tanta fe, desde antes de mudarte para acá para Los Dos Caminos— y tener un poco de paciencia. El mismo dijo, acuérdate, que esto tiene un proceso y que en vuelta de ocho días, con los medicamentos y el reposo, todo debe estar bajo control.

Así que un poco de buen ánimo. Saca fuerzas de donde no tengas. Ve al lavabo y hazle el bien de una mínima aseada a tu maltrecho cuerpo. Quizás esta noche puedas ver en calma algo de televisión y hasta darle una ojeada a los documentos que te mandó Castillo... Una vuelta por el apartamento, abrigado con tu bata nueva de casa, es buena idea, para que no te entumescas. Aparte de que no es mucho lo que tienes que recorrer: el pasillito que da hacia la otra habitación, el recibo-comedor, la cocina y la pequeña área de servicio, compuesta por el lavadero, la pieza pequeña y el bañito más reducido todavía... ¡Cómo te lo sabrás todo de memoria que, encima de ser tú quien lo negociara con lo poco que trajiste del Zulia y quien lo paga mensualmente en forma religiosa, es aquí donde desahogas a trancos las calenteras, cuando vienes del Ministerio hecho un rollo de alambres espinosos!.

—Hola amor, déjame verte... Estás fresco, aunque un poco demacrado. Pero es por la tornadera de tantas medicinas y porque casi te mantienes con puros jugos... ¿Por qué no te sientas aquí en la mecedora y te comes este pollito con puré?

—Gracias Amalia... ¿Y este jovencito cómo se está portando? ¿Cómo va el colegio?

—Bien todo papá... Mira, ¿tú sabes qué día es mañana?

—A ver... ¿por qué?

—¡Mañana es 24 de junio, día de las Fiestas de San Juan en La Pedregosa!... Aquí está el programa. Me lo dio en el colegio el hijo del señor Castor Cermeño. Dijo que te lo mandaba a ti y que si no vamos esta vez para el pueblo.

Tú oíste la grata nueva, que era pura alegría en la faz limpia de tu hijo, y sentiste de golpe la añoranza de invalorables instantes de tu vida... Detuviste a la altura del plato el tenedor y levantaste los ojos embotados hacia ella y hacia él.

—Ya hasta las fiestas de San Juan me iba a borrar esta enfermedad... ¡Quién hubiera podido estar allá como otras veces! Pero en fin, mucho irán por nosotros. Castor, por ejemplo, ya debe estar ahorita con un grupo en los alrededores de la plaza. Y las gentes del Zulia y los de Barquisimeto...

Sonreíste con nostalgia. Tu mujer tenía ya en sus manos el Programa.

—Hoy hay retreta, fuegos artificiales, bailes en las calles y... por primera vez... mariachis.

—¿Mariachis?

—Como lo oyes. Dice que es un legítimo mariachi mejicano, traído especialmente de la capital de la República.

La risa abierta y franca te copó el rostro anguloso. Te estabas casi ahogando. No podías más, pero aun así conservabas la expresión de hilaridad. Ella te puso una mano en la espalda, te dio unos golpecitos y se dobló hacia ti, deshecha de risa también... Albertico, más que sonrisa, tenía en la cara un gesto de extrañeza o incomprensión.

—Bueno —acotó Amalia—, digamos que sí son legítimos. Además La Pedregosa lo merece, porque todo lo de ella es auténtico... Para muestra basta un botón.

Te miró con afecto y tú le devolviste el mohín. Ella tornó al papel.

—Y mañana, el gran día: despertar de los pobladores a las alegres notas de la Banda de Juan Peña; competencia de bicicletas; corrida de cintas; sensacional corrida de toros, con los diestros Jesucito de Valencia y el Nácar Merideño...

Tu mujer siguió leyendo... Por un instante, con la mirada perdida, te transportaste a la entrada del pueblo, como solías hacerlo cuando niño, para esperar junto a un enjambre de muchachos la llegada de Naranjo, el torero bufo que también era hombre-orquesta y que nunca fallaba en las celebraciones... En eso estabas, cuando llamaron a la puerta de afuera. Amalia salió a ver.

Es Roberto Vilas, el asistente del señor Castillo. Vino a saber de ti.

—NO TENGO NADA que ver con eso. A mí se me respeta, carajo. Y si tú crees que eres más embraguetado que yo, pela por el pedazo de cachimbo ese que cargas para que te mates conmigo, aquí mismo y ahora...

Los gritos surgieron de repente entre el grupo de cinco que ocupaba el rincón derecho del piano-bar “Las Cuatro Brasas”. En realidad, la media luz impedía precisar de quiénes se trataba y la música que sonaba en el momento casi anuló sus últimas ofensas y amenazas.

Lo que sí podrían haber confirmado la mayoría de los allí presentes es que ese grupito tenía echándose palos en el sitio más de cinco horas. Comenzaron temprano y para

el momento del desafío ya eran casi las dos de la mañana... Llamaron en repetidas ocasiones la atención, primero por las carcajadas estruendosas y luego por el tono elevado de las discusiones, entre dos o tres al mismo tiempo.

Según los comentarios en la barra, por lo menos uno de aquellos contertulios se paró varias veces y fue a bailar a la pista con una trigueña ella que se movía como si fuera a desmadejarse. Parece ser que se trataba de una de varias visitantes ubicadas en una mesa cercana. Y en la pista monopolizaban el espectáculo para ellos.

Dicen que al armarse la trifulca, casi todos los concurrentes a aquel local tan pequeño, quizás amedrentados por las amenazas de tiros, se pararon des-pavoridos y el gerente tuvo que ordenar rápidamente que les cobraran las cuentas en la puerta de afuera... El dueño solicitó muy amablemente la desocupación a los restantes, incluso a los de la barra, para cerrar el establecimiento. Los únicos que se quedaron dentro fueron los del escándalo. Y parece ser que no había modo de hacerlos retirarse, porque, según se oyó, uno decía ser viceministro y otro diputado.

—Te cuento esto, aquí entre nos, porque hoy amaneció en el Ministerio el reguero de que quien gritaba ser viceministro era el señor Castillo.

—¡Cómo va a ser!

—Pues parece, no me lo creas... Eso sucedió el lunes pasado. Y por casualidad, de entonces para acá, él que siempre es un querrequerre, se ha puesto más insoportable que nunca. A uno lo trata como si fuera un estropajo, incluidas las secretarias. Tal vez ha olido que por todos los pasillos anda de boca en boca la noticia de su escándalo. Y nada de raro tiene que haya sido su protegido Lucas

Mateo Alcaraván, a quien llaman “El Delfín”, el autor de la delación.

—Bueno, eso de las bravatas de Castillo no es ningún secreto. Él ha ido empeorando su carácter de una manera inexplicable. Tanto que en verdad ya resulta repugnante. Sobre todo por tratarse de una persona de su alta posición y por el cuidado con que cualquiera debe allí manejarse... Es lamentable.

—Y eso que a ti te llama pocas veces al despacho, Alberto. Pero dígame a mí. Cuando no lo consigo con una berraquera por teléfono, diciendo vulgaridades a diestra y siniestra o maldiciendo porque se le ha extraviado un papel, es que está mudo de metra, sin siquiera percatarse de que uno está frente a él hace rato, o es que se lo queda mirando, con ojos de demente furioso, tamborileando los dedos sobre el escritorio.

—¿Qué será realmente lo que le está pasando?

—¡Quién sabe Alberto!... Pero lo que sí te puedo decir es que ese tipo no era así. Esto le ha venido sucediendo desde que es director general... ¡Ah!, pero hay una cosa muy extraña. Yo no sé si tú te has dado cuenta. Delante del Ministro ni se le oye la voz. Se vuelve, chico, un ratoncito. Él sabrá por qué.

—Y ese tartamudeo que se le pega en ocasiones y esa lividez de papel de carta, que a veces le provoca a uno decirle que se vaya a acostar... Creo que ni yo ahorita con estas calenturas me veo así tan majincho como él que no sabes quién dicen que era el diputado de los tiros?...

—No, no se me ocurre.

—Bueno, esto es lo que allá se comenta a sotovoche: el diputado Mancilla. Domingo Mancilla... Es un bebedor y

comensal asiduo de los mejores sitios de Caracas. Según cuentan, es muy dado a los chistes de doble sentido y a los juegos pesados. Parece que casi no pela un día en “Las Cuatro Bragas”, en Las Palmas. Y parece también que es medio marrullero. Pide y no paga. O se hace el loco y se va. ¿Y quién le pone el cascabel al gato?

—¿Sabías tú que el Vice me mandó a llamar con el chofer, para que esté mañana en su oficina a las siete?

—No, no sabía. ¿Y él no está enterado de que tú te encuentras enfermo?... Esas son ganas de fuñir. ¡Qué vas a poder tú estar yendo!... Y si te presentas a lo mejor no lo encuentras, porque en estos días se ha estado perdiendo cada rato.

—Entonces, ¿qué me aconsejas tú?

—Que si llegas a ir, lo hagas sólo para pegarle ese infernal virus que tienes... Y hasta luego, hermano. Que te mejores. Allá hablaremos después.

—Chao Roberto, gracias.

—UN TANQUERO COMO AQUEL que va pasando allá fue el que tumbó la sección del Puente la otra vez.

Desde “El Parguito, típico restaurant de Maracaibo”, los ojos de los cuatro contertulios barrieron la anchurosa mancha verde y se posaron un rato en la escena de la margen derecha, donde la silueta de la audaz estructura arma su salto difuso sobre el lago.

Gustavo y Gesael con su mujer, tus hermanos del Zulia, compartían allí la tarde del día 24 de junio con un

conterráneo y amigo: Lino Marín... Los tres hombres eran empleados petroleros. Habían decidido reunirse, casi impensadamente, para celebrar a su modo la Fiesta de San Juan.

Ella, Irene de Lunar, era la menor del grupo. Gustavo comandaba por sus años... Las edades de los cuatro se iban escalonando desde la treintena hasta el medio siglo. También en las tonalidades de sus pieles guardaban una inadvertida gradación. En este caso, era Lino Marín quien llevaba la batuta con su tono más oscuro.

Bebían cerveza fría, casi al aire libre, bajo las astas de un viejo cocotero. Y allí mismo, a diez pasos, las aguas de jarabe golpeaban el muro de cemento.

Hablaron un rato de los barcos. Cosas intrascendentes, pero llenas a veces de alucinantes fantasías, como corresponde quizás al hombre montañés que se aventura a imaginar viajes marítimos y arribos a puertos de remotas riberas.

El más conversador era Gustavo. En medio de las citas de viajes, fue a él a quien se le ocurrió empezar a calcular en voz alta dónde te encontrarías tú —su fraternal hermano— en ese instante.

—Tal vez haya tenido más suerte que nosotros y ahora se encuentre fiestando allá en Trujillo. En cambio uno con estas guardias que le estropean una mañana o lo obligan a comenzar la jomada cuando apenas raya el sol...

—Ese es el problema de nosotros y por eso estamos aquí. Pero no vamos a quejarnos compañero... Estas frías están muy sabrosas y los bocachicos rellenos y el mojito y las huevas de lisa que nos esperan no son como para espantar a nadie el ánimo.

Lino terció en la ronda y volviendo a tu caso, recordó viejas correrías tuyas, cuando soltero, allá en La Pedregosa y otros pueblos aledaños... Serenatas, sancochos, excursiones a los pozos grandes del río Jiménez y hasta del mismo Motatán.

—¿Se acuerdan del “bolo” de Roberta Azuaje, en las afueras del pueblo?... Ustedes saben que ese bolo —quiso explicar más para Irene que para los otros, por ser ella de Barinas— era la cita obligada sabatina y dominguera de mucha gente apostadora y amiga de las parrandas. Casi siempre se hacían apuestas machas, bajo la mirada también macha de Roberta, la dueña, quien por lo general cargaba terciado un revólver para “los casos de necesidad”. Y fíjense como son las cosas; esa Roberta, tan embraguetada, era una mujer de alma sencilla y buena. Tenía una cantidad de pájaros de todos los colores en su casa, que quedaba casi al frente del bolo y que llamaban “La Casa Encantada”... Pájaros, monos, enjambres de abejas y hasta unos tigrillos que quién sabe de dónde le habrían traído. Ella misma les daba de comer y los cuidaba.

Lino y los demás bebieron otros sorbos. Los rostros estaban complacidos.

—Pues una vez ocurrió que coincidimos Alberto y yo en unas vacaciones. Eso fue para largo. Y un día sabado que estábamos ya medio limpiones, ¿saben lo que se le vino a la cabeza al hermanito de ustedes? Nada menos que coger casi sin plata para el bolo de Roberta, a beber y apostar, con la esperanza...; sí, así fue como dijo; con la esperanza de no perder ni una parada. Quise hacer resistencia, por el peligro de una grave pelea y por el temor de que Roberta nos echara... ¡Qué va! Alberto siguió con su

testarudez. Y llegamos al bolo. Era casi un corralón. Tenía de un lado la angosta cancha de tierra, larga y cercada por troncos, con el matacho al final donde se paraban los palos. En el otro extremo se hacían las apuestas, donde cobraban la comisión de la casa y se compraban los tragos... Alberto, flaco y de regular tamaño, como siempre ha sido; vestido con un pantalón de caqui y una camisa a cuadros, pasaba sin problemas entre todos los demás concurrentes. Al rato, cuánta no sería mi sorpresa al verlo que casaba una apuesta, con el reloj y los escasos nueve fuertes que constituían su último capital... Jugó guapeando y sin perder el control. Yo disimulaba mi nerviosismo con ambas manos entre los bolsillos. Al ver él que con su tiro final ganaba la partida, se volvió hacia mí, en medio de la cancha, me guiñó un ojo y empezó a pegar brincos y a gritar de alegría. El perdedor lo miraba con recelo y desdén. Porque tal vez pensaba que esas no eran cosas de hombres. Y más visiblemente se encendió cuando Alberto, al recoger sus ganancias, me dijo en alta voz “nos vamos” y buscó adelante hacia la calle... “Ese carajito no me entra aquí otra vuelta”, oí que advirtió al fondo la voz gruesa de la mujer hombruna. Afuera le dije; Alberto ¿y si ese tipo nos viene con un cuchillo?. “Para qué hay piedras pues” fue toda la respuesta.

Rieron de buena gana largamente. Vino otra tanda de cervezas heladas y otra limonada para Irene. El portal de la noche hizo más frescas las oleadas de brisa. Las hileras de luces del Puente semejabán en la distancia un parque de atracciones.

Siempre girando en tomo a tu recuerdo y rememorando el pueblo lejano que había sido testigo de tus primeros pasos, Gesael retomó el ritmo de la conversación.

—Me contó Alberto que un mediodía, cuando ni un alma pasa por la calle, estaba él cuidando el negocio de Tío Eustacio, recostado detrás del mostrador, solo y adormilado. Estudiaba cuando eso quizás el quinto grado. Era muy muchacho, pero mi tío tenía confianza en él y cuando iba a Valera a comprar nueva mercancía para surtir el negocio, que era abasto y almacén al mismo tiempo, lo dejaba siempre encargado de todo. Como esa vez... Alberto estaba distraídamente mirando al detal de enfrente, donde despachaba otro muchacho, un poco mayor, que creo se llamaba Jonás Rivero. De repente, por una de las puertas laterales, entró un individuo malencarado, de mirada agresiva, vestido con una cachucha mugrienta, unas polainas llenas de barro y un saco de liquiliqui de un color y unos pantalones de otro, los cuales traía amarrados con una gruesa correa, para aparentar el uniforme de un policía o de un militar... No era del pueblo. Le asestó un garrotazo al mostrador y dijo autoritario: “Dame una caja de cigarrillos Capitolio”. Alberto se fue de perfil hacia el armario. Yo como que he visto antes esta cara, se decía. “Rápido carajo” gritó el hombre. “Y me das un real de queso”. El estruendo de otro garrotazo retumbó en los rincones. Alberto puso la cajetilla sobre el mostrador y antes de que el tipo le reclamara colocó también allí presuroso una caja de fósforos. Con un temblor en las piernas abrió la pequeña vitrina que guardaba el queso y cortó un pedazo. Mientras lo envolvía, rápidamente bajó la vista al lugar donde estaban amontonados los machetes para la venta.

Fue apenas una visión furtiva y desesperada de ser indefenso. Cuando de nuevo miró hacia el hombre, éste se encontraba destapando una olla grande ubicada en el extremo del mostrador. Allí había como veinte hallacas picantes de caraota; las famosas “carabinas”. En el momento en que el individuo largó la carcajada de gozo y empezó a abrir la primera hallaca, Alberto, de un modo repentino, lo reconoció... Era el mismo loco furioso que hacía corno dos años le había caído a pedradas a la Jefatura y el que había herido gravemente a un agricultor que regresaba de su conuco. Como un relámpago, esas y otras diabluras le pasaron por la cabeza a Alberto... Ahora lo tenía enfrente, a solas y sin que nadie atinara a llegar al negocio. El loco se estaba atapuzando de hallacas. Las abría con desespero y regaba las hojas por el suelo. Un sudor frío se agregó a los temblores de Alberto. Quería mirar de nuevo hacia los machetes, pero se lo impidió el pánico a que pudiera ser descubierto... Un cuarto de hora, tal vez media hora o una hora. Un siglo... El loco terminó de hartarse. Se metió tres o cuatro hallacas en los bolsillos, de un manotazo tiró la olla hacia adentro, cogió el bojote de queso y el garrote y se quedó mirando a Alberto como en posición de firme. Lo miraba a los ojos desafiante. Alberto, un muchachito apenas, se quedó allí sin moverse, petrificado. Entonces el hombre dio un portazo y se fue. Mientras trasponía la calle, rumbo al abasto de enfrente, Alberto, sin pensarlo dos veces y corriendo todo el riesgo que un ser humano puede correr en la vida, saltó por encima del mostrador a cerrar las puertas. Una audacia increíble, porque las puertas eran cuatro y todas estaban partidas por la mitad. En cada una cerraba las dos hojas de abajo y metía la cabilla Juego

cerraba las dos hojas de arriba y metía la cabilla. Así cuatro veces, escoltado por un terror inaudito que casi no lo dejaba abrir los ojos, para no ver al loco si se daba cuenta y regresaba... Al otro día vino el mismo muchacho que traía siempre las hallacas y le preguntó: “¿Cuántas le digo a mi mamá que mande hoy?”... Ni una, respondió Alberto.

Ya estaban sirviendo en “El Parguito” la comida que habían ordenado. Entre risas y una no disimulada nostalgia, Gustavo levantó el vaso:

—Hagamos este brindis por él.

EL HUSO DE LUZ rompió la penumbra del cuarto y salió indetenible hacia la alta pizarra por donde tú habías visto pasar el último cometa...

Los golpes secos del viejo pote trocado en redoblante estremecen la tarde y ahogan las campanadas que descienden de la iglesia hasta la plaza... Las bandadas de pájaros negros aprovechan el sol de azufre para corretear entre los mangos, pomagazos y mamones, hasta cuando ya son simples paños oscuros que se desplazan alucinados hacia las copas de los árboles del río.

Tú estás, Alberto, entre los doce o quince muchachos que juegan al desfile. De a uno en fondo, con el que toca el “tambor” al frente y el improvisado comandante que va marcando el un-dos-tres... Todos muñequitos de cuerda, acompañados, insistentes, infatigables... Tran, tran, tran-tran-tran... Tran, tara-rán, tararán-tran-tran... Aaaa la iz... Aaaaatención, fir... Aaaaatención, march.

Diez veces o más el recorrido por el perímetro del inmenso cuadrado. El jefe marcando el paso. La lata vieja taladrando con sus redobles el denso manto que los focos-luciérnagas no logran disolver... De improviso, al fondo, allá en la cola donde casi nada se puede divisar, un tun-tun-tun adicional. Un golpe fuerte, contundente, que se repite monótono sobre el piso de cemento y de vez en cuando descubre las capas fofas inequívocamente.

Es el loco Sarría que se ha unido a la marcha y ahora está dispuesto a comandar el pelotón... Tiene en su mano derecha un pedazo de tabla que en su poder se ve aún más descomunal.

¡Aaaatención, firmes!, grita con voz fuerte y autoritaria de hombre curtido.

¡El Loco Sarría!... De todos se apodera el pavor. Uno intenta correr, pero la orden áspera, airada, terminante lo inmoviliza sobre las piernitas tembleques y friolentas.

Ahora me van a obedecer a mí, dice el Loco. Yo soy el jefe. A quien se quiera salir de la fila le encaramo un tablazo... ¡Vamos, dele al tambor! Y marchen... Un - dos - tres... Un - dos - tres.

El Loco Sarría quizás tenga un poco más de treinta años. Es de contextura fuerte, ganada no sólo cuando estuvo sirviendo en el Ejército sino cargando bultos en tiempos de lucidez y yendo a pie hasta Cabimas una o dos veces por semana.

Es del pueblo, pero suele perderse por largas temporadas y aparecer sorpresivamente, en los momentos más increíbles y cuando ya lo han dado por muerto.

Una noche unos borrachos estaban liquidando los restos de una botella, ya muy tarde, cuando Panero, el único

policía del pueblo, tenía más de cuatro horas de profundo sueño... De repente, del filo de una esquina salió el Loco Sarría a todo tren hacia donde ellos se encontraban. Venía gritando a todo pulmón.- “Yo las consigo”... “Ahorita yo se las consigo”... Los cuatro trasnochadores arrancaron ipso facto, en una reacción instintiva de sálvese quien pueda. Y el Loco atrás, gritando despavorido. Como no estaba borracho y era un atleta consumado, logró alcanzar al pobre diablo que iba corriendo de último.

No Sarría, no Sarría, por el amor de Dios, yo no le estoy haciendo nada, por favor, gritaba desencajado y sudoroso el ex beodo... Vos ojos relampagueantes del Loco perforaron la tierrosa palidez de aquella mueca. Sarría casi lo levantaba en vilo por el cuello y gritaba desaforado: “Pero carajo, muérganos, si lo que les estoy diciendo es que yo les puedo conseguir las gallinas... Las gallinas pa’el sancocho!”. Y de un empujón lanzó contra la cuneta al estropajo.

Otro día, apenas anocheciendo, un incendio se apoderó de una de las casas de palma -como eran casi todas- en una esquina de La Cantarrana. Las gentes, subidas a los techos vecinos, lanzaban desesperadas latas de agua y con grandes ramas verdes buscaban sofocar la candela... Las llamas titubeaban y retrocedían por instantes. Luego se encrespaban amenazantes y era prácticamente una lucha desigual, injustamente desproporcionada, casi signada por la fatalidad... Cuando todo se pensaba perdido, una silueta vigorosa se alzó en la parte más alta del extremo derecho. Tenía una rama inmensa entre sus manos. Golpeaba a mandobles sobre el techo y gritaba con voz de trueno: “No le den por allá, no sean animales carajo. Vénganse por acá, por acá rápido!”... Los fogonazos de las cuencas eran

más intensos que las chispas volanderas del incendio. “El Loco Sarría...” exclamaron entre alegres y temerosos los apagadores voluntarios. A la hora de esfuerzos inauditos las candelas fueron reducidas. Y el orate desapareció nuevamente, borrado entre la oscuridad del cerro.

Ahora, su voz de mando aquí en la plaza trae redivivas las llamaradas de sus ojos. “A la dere...” dice el Loco y se adelanta presuroso a ver doblar la fila. La tabla gruesa entre la diestra. La zurda alzada, fija, inmovible, señalando hacia la bocacalle empedrada que conduce hacia el río.

Todos obedecen, temblorosos, un poco ausentes, sin comprender el rumbo que toma su juego inocente de hace un rato.

Ya en el paso del río, el Loco enardecido ve que dos celajes se desprenden de lo último de la formación y se alejan con el impulso de la corriente, entre tumbos hacia las proximidades de La Cumba... A otra débil figura que se quiere deslizar, sobre la orilla, le asesta un solo tablazo y allí mismo queda el rollo menudo, dolido, solitario. Se oyen llantos y gritos de terror... El pote-redoblante ya no suena, pero el Loco se mueve como flecha y acentúa el undos-tres de su imperiosa voz.

Al final de la oscura callejuela de árboles que conduce a La Floresta, tú, Alberto y otro de los muchachos logran salir en desbandada y saltar una cerca de alambre hacia el cañamelar de San Vicente... A todo dar, por entre los tupidos tallos carrasposos, salvando terroneras invisibles y con un murmullo de pasos en la espalda, así, sin mirar hacia atrás, hasta las márgenes del río... Una estampida agónica, delirante, como una pesadilla. El agua fresca en las piernas sangrantes y de nuevo el tropel, hacia el pueblo, a

dar el parte a las gentes mayores y al jefe y al policía y a todos los demás.

Otros ya habían llegado. La alarma general había cundido. Un grupo grande se estaba organizando, frente a la Jefatura, con palos, machetes, cuchillos y unos cuantos revólveres mohosos. Y la partida, más presurosa que la del pelotón que ahora comanda el Loco... ¿Por dónde irán?... ¿Qué rumbo tomarían?... ¿Y ese carajo cuándo llegó?... ¡Rápido, derecho hacia La Floresta!

Las mujeres, los niños y los viejos quedaron a la espera... Las conjeturas, los lamentos, las maldiciones, los cálculos, los presentimientos sin fin. Si cogieron hacia La Chapa, seguro que los hace bajar hasta Trujillo y allí los pueden detener. ¿Y si desvían por la montaña hacia Jiménez y buscan las cercanías de Motatán?... El conoce todo eso y pudiera, el muy muérgano, enfilarse hacia Cabimas.

Once y media de la noche, una de la mañana... ¡Ahí vienen otros dos! Pobrecitos, cómo los puso el desgraciado... Van muy lejos, cerro arriba y hacia allá, hacia aquellos lados de la derecha. Y señalaban desde el barranco, en la Calle del Río... Varios se le han corrido, a otros los ha golpeado y aún lleva unos cuantos.

Con el amanecer llega la comisión. El Loco viene al frente, sangrante y amarrado con mecatos. Lo traen bien sujeto entre dos. Atrás la procesión de muchachos llorosos, cojos, con las camisas desgarradas, de manos de sus padres, que hubieran querido deshacerse de una vez del orate, terror que hacia su aparición como cometa sin fin.

Los alcanzamos cuando iban bajando hacia El Burrero. El Loco se devolvió a darnos el frente. Peleó hasta que lo

tumbamos entre varios... Vamos a ver si ahora lo encalabozan por más tiempo.

Al día siguiente lo montan, esposado, en un camión lleno de pipas de kerosén vacías, rumbo a una carretera solitaria del Zulia. “Porque no hay asilo donde encerrarlo aquí en Trujillo”.

TE SACUDÍAS entre gritos ahogados que la angustia y desesperación de Amalia veían como estertores. Y los hilos gruesos de sudor sobre las sienes...

—No puedes continuar de esta manera, Alberto. Mañana llamo al doctor y le digo que te siguen igual los escalofríos y las constantes pesadillas... Dígame a estas horas de la noche, que no puedas dormir tranquilo!

Un halo fantasioso te envolvía y quedabas inmerso en el mismo mundo alucinante de las fiebres del paludismo. Los vaporones como de aguas termales, que exprimen el cuerpo hasta dejarlo exhausto. Y luego la inmanejable somnolencia, que te va clavando diabólicamente en otro sueño, hasta exprimir también la mente...

(“Tengo los tambores de San Benito en la cabeza. Y cada uno de ellos es un espejo multicolor... Todos giran, giran, se entrecruzan, en una danza chispeante, enceguecedora”).

—Y tú dizque pensando ir a la reunión con Castillo en el Ministerio!.. Sólo a él se le ocurre pretender obligarte a ir al trabajo, únicamente por capricho. Pues no irás. Además, cuando Roberto Vilas salía de aquí le entregué el

certificado médico para que nos hiciera el favor de presentarlo en la oficina.

La mirada te pesaba y la sostenías vacilante, a duras penas. Por entre la vieja reproducción de un paisaje de Emilio Boggio que estaba colgado al frente de la cama te veías caminar. Caminabas desde la derecha y te detenías al pie del largurucho farol. Te recostabas débil, casi exánime, a esperar un transporte: un autobús, un carro por puesto, alguien que te llevara hasta el trabajo. Una espera interminable, inútil. Regresabas entonces por la alta, lúgubre, solitaria acera y volvías al estacionamiento en busca del Renault. Con el vidrio parabrisas empañado, muy empañado, salías al rebullicio del tráfico, a tientas, marchando afanosamente por la Avenida Miranda y la Libertador hacia el ineludible destino del colosal embotellamiento del centro de la ciudad... ¿Ahora dónde estacionar? ¡Tanto tiempo perdido en la inútil espera de la calle de Boggio! Pero al fin llegas. Entras a tu oficina, un reducido cubículo con tabiques de fórmica y cristales en la parte superior. Al lado, todo el espacio está ocupado por cinco escritorios diseminados y mesitas con máquinas de escribir y escaparates de metal y archivadores... El personal de secretaría está casi completo el día de hoy. Todos te han abrazado, felices porque has vuelto. Tu ayudante te pone al tanto de las últimas incidencias del trabajo. Y entonces te quedas unos minutos a solas con los montones de papeles que están ordenadamente apiñados sobre el escritorio. Tú sumas los que traes de la casa. Los que te mandó Castillo con Nerio el chofer. Vuelves a poner la vista sobre aquellos tres legajos. Pasas ligeramente página por página. Los estudias con el mismo sobresalto conque un adolescente repasa

las notas de clase unos minutos antes del examen final... Entra al poco rato Roberto Vilas, el asistente del director general. Te guiña un ojo, en gesto de afecto y camaradería, y te dice: "El jefe te está esperando". Por el intercomunicador Vilas había convenido contigo, apenas llegaste, que él te avisaría el momento oportuno de pasar al despacho del viceministro. Así ha sido. Sales presuroso, con los legajos y una libreta de notas. Al abrir la puerta de la dirección, Castillo está sentado frente a su escritorio, en el sitio de siempre y jipato como siempre. Habla con una mujer que frecuenta mucho el Ministerio y a quien algunos le asignan la condición de Ase-sora. En la mesa de reuniones que se encuentra a pocos pasos, ocho o nueve personas, altos funcionarios todos, discuten, entre café y café, problemas de un proyecto cuyos detalles no logras percibir. Tú saludas cortésmente y apenas la mujer te responde con una venia discreta y un esbozo de sonrisa. Castillo se te queda viendo con una cara altanera y prepotente... Tú le respondes la mirada con dignidad y respeto, pero sin genuflexiones, a la espera de su palabra. Detallas aquel rostro entre cínico y arrogante. Y por un instante, esta careta es la expresión dura e indolente de aquel loco que muchos años atrás, en la bodega de tu pueblo, te vació en unos breves minutos toda la ira de su mirada torva... "Mejor que no hubieras venido", dijo de improviso. "¿Por qué Director?". Un tic le sacude la mejilla derecha. Tú comprendes que no le has dado el tratamiento de su agrado: Viceministro, pero ya no hay remedio. "¿Entonces tú puedes llegar a la hora que a ti te parezca?". Los de la mesa se voltean a medias y luego vuelven aparentemente a lo suyo. "El señor Vilas me indicó, por orden suya, que me informaría el

momento oportuno de entrar. Cuando usted lo decidiera”. “Bueno, yo ahora decido que me digas dónde están los informes sobre esos proyectos que te mandé a estudiar”. “La instrucción que usted me envió fue la de que los leyeras para hablar después acá en su oficina”. “Ah!... quiere decir que yo estoy falseando las cosas... ¿Y tú crees que el señor Ministro va a esperar todo el tiempo que a ti se te ocurra para tomar cuenta de las recomendaciones que le debemos hacer?”. Uno de los funcionarios de la reunión volteó hacia el energúmeno y no pudo disimular su indignación y desprecio. “Señor Director; a mí en ningún momento se me ha dicho que yo debía preparar informes para el ciudadano Ministro... Además, de acuerdo con mis funciones aquí en el despacho, yo llegué a pensar incluso que se trataba de un trabajo de reproducción de estos materiales. No de un análisis de su contenido para hacer recomendaciones”... “¿Y crees que eres tú quien me debe indicar la dependencia o persona a la que se han de canalizar los trabajos por hacer? Si partimos del resultado de tu ineficiencia, yo tendría que presentarme ante el señor Ministro con las manos vacías... Y eso no va a suceder. Además de irresponsable, también pretendes faltarle el respeto a mi autoridad... Hazme el favor y te retiras”. “Está bien, pero este es un acto injusto y usted está consciente de ello”. Cuando estás abriendo la puerta oyes que dice por el intercomunicador: “Vilas, hazme el favor de venir un momento”... Vilas se cruza contigo en el camino. A la hora recibes una comunicación, firmada por el mismo Castillo, que en síntesis dice: “Cumplo con comunicar a usted, por instrucciones del ciudadano Ministro, que a partir de esta fecha usted ha sido puesto a la orden de Personal”.

—Alberto, Alberto... Toma tu medicina. Ya está amaneciendo.

ESTOS ÚLTIMOS DÍAS los has pasado sumido en una tristeza y un abatimiento que no logran comprender ni Amalia ni tu hermana Columba.

Cuando vino el médico, anteayer, tú lo oías de muy lejos, como extraviado. Te examinó y oyó pacientemente toda la información que tu mujer le fue suministrando. Reforzó algunos medicamentos y agregó dos más, entre ellos un sedante para ser tomado por las noches. En realidad, ya habían cesado los vómitos esporádicos e igualmente la diarrea. Pero persistían los escalofríos, los dolores en las articulaciones, las puntadas de cabeza y ese fastidioso malestar en el colon. Él te dijo: “Animo amigo. A veces estas influencias cobran más en uno que en otro. Depende de las condiciones de cada quien. Más duro se peleó en Ayacucho y sin embargo se triunfó”. Te dio unas palmadas en un hombro y se despidió. Le sonreíste y levantaste a medias la mano derecha como un autómata.

Lo que en verdad dejó pensativo al médico, más que tu estado físico, ya en proceso de evolución, fue el cúmulo de temores de Amalia... Delante de Columba, en la sala y a manera de confidencia le había dicho: “A mí me preocupa tanto doctor, incluso por encima de las fiebres, es ese alelamiento en que pasa todo el día. Últimamente, estando despierto, habla muchas incoherencias. Dice cosas raras que no tienen sentido. Uno le conversa y parece que no lo estuviera oyendo... Ahora con frecuencia se le salen las

lágrimas... No sé doctor. No me gusta nada eso”. En ese momento el médico aconsejó: “Lo más probable es que se trate de pasajeras crisis depresivas, producto de los fuertes estados febriles. De todos modos vamos a ver los resultados de estas nuevas indicaciones. Yo estaré pendiente. Téngame informado”.

Hoy Amalia, al mediodía, no hubiera dejado pasar hasta la habitación a Nerio, el chofer del Ministerio, si no hubiese pensado que su presencia de amigo, cordial y sencillo, podría estimularte... Innegablemente así resultó, en líneas generales. Nerio comentó algunas cosas personales: el incidente que tuvo con un fiscal de tránsito, los quintos de lotería que le resultaron premiados, la caída que sufrió su mujer... El diálogo tuvo que sostenerlo con Amalia, aunque él estaba frente a ti y constantemente buscaba la expresión de tu rostro, ensimismado y ausente. Habló también de los dichos que andaban por la calle con respecto a lo que estaba aconteciendo en el Ministerio; de la obra de Castillo como viceministro: haber cambiado los muebles de la oficina y haber armado con precisión de relojero una rosca de adulantes y cómplices para sus abusos y atropellos... Pero al final Nerio dejó caer esta noticia: “A mí ya me quitaron de allí. El me lo mandó a decir con el asistente. Ahora estoy por los depósitos de Catia”.

Amalia volvió instantáneamente los ojos hacia ti. Tú bamboleaste la cabeza sobre la almohada. Una y otra vez. Era un péndulo en cámara lenta. Y así seguiste, aún después de haberse marchado Nerio.

Ahora, cuando deben ser las siete de la noche tus ojos apagados sólo siguen desde hace mucho rato, en los cristales de la ventana del cuarto, los reflejos luminosos de la

calle. También las formas cinéticas que se proyectan sobre la pared y que en bruscos cambios, vertiginosos, persistentes, se componen y descomponen... Entonces tornas a girar la cabeza, pausadamente, sin reposo, de un lado a otro. En el borde derecho de la cama, Alberto tu hijo te observa con afecto y en silencio. Desde que llegó del colegio ha permanecido cerca de ti. Primero te estuvo conversando y te agarraba la mano y te arreglaba el cobertor... “Pronto te vas a mejorar papá. Yo te estoy esperando para que volvamos al planetario y vayamos al Ávila y juguemos otra vez con nuestra pelota grande en la playa”. Como si estuvieras dopado, las palabras del muchacho resbalaron sobre tu humanidad.

Amalia entra con un jugo. Busca unas cajas de pastillas y se dispone a administrarte las medicinas que el doctor indicó. Albertico la ayuda a incorporarte un poco. Y así, con paciencia y perseverancia, van logrando que ingieras lo que te ofrecen. Más o menos la misma operación de la cena, que apenas consumiste a medias.

Tengo que escribir esa carta, dices casi en secreto. “¿Cuál carta mi amor?... Dime, ¿cuál carta?”. Después le pediré a Don Nicasio que la lea... “Alberto, pero si Don Nicasio ya no existe. Tu padrino Don Nicasio ya no vive. ¿No te acuerdas? Dime a mí Alberto y yo te ayudo”.

Te quedas en silencio, adormitado. Giras dos veces la cabeza, poco a poco; de izquierda a derecha, de derecha a izquierda... La lamparita destaca tus cabellos grises y las cuencas hondas de los ojos. Ya el sedante seguramente ha empezado a hacer efecto.

LAS DOS MUJERES, amigas de tu casa, entraron cautelosas a la salita-comedor. Vestían discretamente y su apariencia en general era de sobriedad.

—¿Cómo están ustedes? ¿Y esta sorpresa?

—Las buenas amistades no se olvidan -dijo la de aspecto mayor. ¿Cómo siguen las cosas Amalia?... ¿Y tu marido?

Sin dar tiempo a una respuesta, la otra se adelantó a saludar:

—Buenas tardes señora.

—Pasen más adelante... Este es un verdadero placer.

Tomaron asiento y Gladys, la más ligada a ustedes, volvió a preguntar por tu salud.

—Bueno, digamos que está regular...

Amalia bajó aún más la voz y prosiguió en tono confidencial.

—Aunque a ti, Gladys, quizás sea mejor que te hable con franqueza. Yo sé que Cristina -y se volteó hacia la más joven- es también de confianza... Alberto está ahorita dormido. El en realidad ha mejorado muy poco en este mes largo que tiene de cama. Al contrario, está muy débil y decaído... Esta tarde, después del mediodía, le estuve hablando largamente, para ver si se olvida por ahora de la idea de regresar al trabajo. Porque es una obsesión lo que tiene. Cada rato dice a solas: "Tengo que volver". Y lo repite como una letanía. Pero imagínense, en esas condiciones ni pensarlo.

Las visitantes se miraron fugazmente, como azoradas. Por unos breves segundos ninguna dijo nada. El silencio y el embarazo momentáneos hicieron aflorar un aire de incertidumbre o de abrumadora revelación, que Amalia percibió instantáneamente.

—Porque él es una persona muy responsable —atinó a decir Cristina. Gladys, más resuelta, enfrentó la mirada inquisitiva de tu mujer.

—Nosotras, Amalia, que somos amigas tuyas y de tu marido, tenemos también que ser sinceras contigo... Vinimos a decirte que desde esta tarde hay una nueva persona en el cargo de Alberto... Del trabajo salimos directamente hacia acá, para comunicártelo.

Una retama espesa bajó de la modesta lámpara colgante y se adueñó de la salita a media luz.

Los ojos húmedos de las dos mujeres se fijaron en el rostro absorto de Amalia. Y vieron cuando un contenido sacudimiento se le abotonó en las mejillas y bajó hasta las manos entrelazadas.

—No puede ser... no puede ser... Debe tratarse quizás de algún suplente.

—Es una mujer. La misma que en los últimos meses ha venido apareciendo como asesora del señor Castillo. Una tal Diluvina... El propio Castillo vino, nos reunió y dijo que, por decisión del Ministro, a partir de ese momento ella sería la nueva jefe.

—¿Y no habló nada del traslado de Alberto?

—Nada. Cuando se dirigió a nosotros lo hizo como con rabia. Nos anunció que esta señora traía instrucciones de ser muy estricta y que aquí no contaban ni amistades ni nada que se le pareciera con quienes hubieran estado

antes en ese cargo... Después se fue y nos la dejó frente a nosotros... “Bueno, ahora a seguir trabajando” fue todo lo que atinó a decir.

—¿Entonces quiere decir que Alberto está quitado?

Gladys, la amiga más allegada, volvió a intervenir.

—Por eso que te hemos dicho y por todas las cosas que se comentan desde hace varios días en el Ministerio, parece que sí. Y según lo que algunos han escuchado o averiguado, Vilas también va a salir. Y para donde va esta mujer después es para ese puesto de Asistente.

—¿Y es tanto el poder que esa señora tiene?

—¡Ay Amalia! Si te cuento algo te caes de espaldas... Ya entre todos los que trabajamos cerca de la Dirección se sabe que el señor Castillo y esta Diluvina estuvieron envueltos hace como una semana en un escándalo de padre y señor mío...

—¿En el Ministerio?

—Nooo... ¡ojalá! En un hotel de citas de la carretera Panamericana... Parece que llegaron unos atracadores, como a las diez de la noche o más tarde, y se metieron en todas las habitaciones. Se llevaron lo habido y lo por haber. Cargaron no solamente con la plata y las prendas sino con la ropa de cada quien... Allí estaban la Diluvina y el santo de Castillo. Se quedaron igual que los demás, en pelota. Después, creo que al día siguiente, el viejo Castillo llamó al chofer nuevo que tiene y entonces le llevaron ropa a él y a la mujer... ¡Cómo te parece!

—Bueno Gladys, esas son cosas de cada quien. Pero a mí lo que sí me llena de angustia y me pone contra el suelo es esta injusticia cometida con Alberto... Es increíble.

—En los vaivenes de la vida, Amalia, no hay mal que por bien no venga. Además, nadie quita que se trate de un cambio para otra parte.

—Mañana trataré de hablar con Roberto Vilas.

Y si esto se confirma, buscaré la ayuda de un abogado amigo. Por ahora no es el momento oportuno para decírselo a Alberto... Ya veré yo cómo hacer.

UN MANIQUÍ DESCOLORIDO es lo que aparentas sentado allí en la mecedora.

Llevarte a ella, para animarte y sacudir un poco la herrumbre de tus huesos, fue una proeza de Amalia. Amorosamente, pero también con valentía y decisión, logró primero sentarte al borde de la cama y ponerte en pie. Dos palancas de acero fueron sus brazos en arco, colocados por debajo de los tuyos, para hacerte mover y echarte a andar.

Ya casi no la miras a los ojos. Ya casi no le pasas palabra... Sólo monologas, hacia adentro o en alta voz. O te desdoblas en torrentes de conversación interminables, con personas ausentes e incluso desconocidas.

Un acto reflejo te agita sorpresivamente. Enderezas el torso, como si fueras a incorporarte, estiras el brazo derecho y apuntas hacia un rincón.

“¿Cuántos papeles has recogido hoy en el pueblo Carayito?”, inquieres con el ceño fruncido.

Amalia oye adolorida, sin mover una fibra de su cuerpo, ganada también ahora por una abierta actitud de compasión. Sabía que Carayito, el inofensivo mendigo

cuyo desvarío consistía en recoger y coleccionar papeles viejos en las calles de La Pedregosa, había desaparecido hacía mucho tiempo, sin que más nunca se supiera de su rastro.

(Voy a dejarlo que hable tranquilo. Tal vez así se sienta mejor. Puede ser que sacando las cosas que tiene por dentro su mente logre aliviarse).

“Cuenta bien... Junta esos que llevas en la mano con los que están dentro del fardo. Espúlgalos todos. Los marrones, los azules, los blancos, los amarillos, los rojos, los verdes... Todos. También los que están manchados y ya no tienen color... Búscalos Carayito, porque tenemos que hablar”.

De repente una risita contenida, disimulada con el dorso de la mano izquierda. Luego una carcajada creciente, que al final se enreda en un acceso de tos.

“Allí tiene que estar la carta que escribí, Carayito. Si me la ayudas a conseguir te regalo medio... Tú me puedes ir pasando todas las hojas que parezcan cartas. Tengo que recuperar la mía. Porque la envié sin habérsela mostrado a Don Nicasio. Y él es mi maestro. Y es él quien debe decirme si está bien”.

La mirada rígida, metida en el rincón. Las manos con una expresión cómica de imagen congelada. Y el rictus que se afloja en la risita irónica o burlesca.

“¡Ajá Carayito, aquí está!.. Buen trabajo Carayito. Tú vales lo que pesas. Te ganaste medio y mucho más. Ahora eres mil veces más amigo mío... Esta es. Igualita como la mandé: “Ciudadano doctor Diomedes Zarco Elías / Ministro de la Construcción / Su Despacho / Me es muy grato dirigirme a usted para hacerle los planteamientos

que, en uso de mis derechos como ciudadano venezolano y como funcionario del Despacho a su cargo, no me ha sido posible formularle hasta ahora, debido a la dificultad de obtener una audiencia con usted para este fin... Comienzo por decirle que no atribuyo sólo a usted la existencia de esta barrera. Tal vez su completo desconocimiento de este Ministerio, de las funciones que él cumple y de las gentes que aquí trabajan, lo lleve a usted justificablemente a mantenerse aislado, como diríamos popularmente enconchado, para protegerse de quienes con malas intenciones puedan darse cuenta de su vacuidad o puedan descubrir su incompetencia... Todos son una cuerda de insensatos, que jamás llegan a sus méritos doctorales ni al prestigio bien ganado de hombre serio que lo llevan a ser así tan apropiadamente estricto e intransigente... Ahora comprendo que no son poses teatrales las suyas cuando da una orden y luego la vuelve atrás, cuando toma una decisión y luego se olvida de ella. Es a mi humilde modo de ver un ejemplar procedimiento de tecnócrata eminente, para desconcertar y mantener incólume su grandeza de hombre público... Ojalá el señor director general Castillo tuviera en ese mismo grado las virtudes que a usted lo adornan. Y no es que haga ninguna mala referencia al aludido señor Vice Ministro, lo cual no he tenido ni podré tener en mientes, mucho menos cuando se trata de su más leal y obcecado servidor, lugarteniente de su brillante administración... Cuando el señor Castillo insulta a la gente y la patear; cuando le pone conchas de mango a los funcionarios que no se cuadran con él y que no entran en sus hábiles jugadas, es porque, comprensiblemente, tiene que defender el decoro de un ejercicio que debe ser inflexible.

Por eso es que él tiene su grupo de confianza muy bien organizado y con una infalible coordinación que opera prodigiosamente a través de claves indescifrables... Estoy casi seguro de que, por ejemplo, ellos han actuado para que yo no pueda llegar personalmente a usted. Estas circunstancias son las que justifican la presente, la cual, sin más preámbulos, tiene por objeto solicitar de su muy digna investidura mi traslado a otro destino en el Ministerio. He trabajado con dedicación durante todos estos años en la secretaría de la dirección general, pero también comprendo que mi incapacidad puede continuar perturbando las actividades de alta política que en estos niveles adelantan con ahínco las muy ilustres personalidades del señor doctor Ramiro Castillo y sus consejeros / Es justicia, señor Ministro / Atentamente / Alberto Lunar”.

ACABA DE MATAR Roberta Azuaje al diputado Mancilla... Lo acaba de matar, Columba.

Tu hermana y tu mujer reciben un ramalazo de sorpresa. Y es la primera quien, acercándose un poco más a la cama, te habla compasivamente.

—Eso no puede ser hermanito... Roberta Azuaje existió hace muchos años. Estábamos nosotros todavía en el Zulia.

—Además, Alberto, el Diputado Mancilla vive y muy tranquilo... Trata de reposar la mente. No te preocupes. Nada de eso está sucediendo.

(“Tú, Chiche, que le haces los mandados a Roberta y que presenciaste el hecho, cuéntame cómo pudo ocurrir

una tragedia así... Porque Roberta es brava y decidida, pero nunca se había visto envuelta en un lance como éste. ¿Qué fue lo que originó que ellos dos se enfrentaran?... “Bueno, ella me ordenó que fuera hasta el negocio donde se encontraba ese señor”... ¿Cuál negocio?... “Ese que mientan Las Cuatro Brasas, en una calle de Las Palmas... Entré y lo busqué entre todas las personas que estaban tomando. Lo conseguí y le dije. La señora Roberta le manda a decir que vaya allá al bolo un momento, que es urgente. Él se me quedó mirando, tomó otro trago y dijo; Sí, claro, voy saliendo... Yo lo esperé afuera, porque la señora Roberta me había dicho que no volviera sin él... Al rato apareció, caminamos juntos la cuadra y ya en la esquina se detuvo. Parecía como perdido. Después reconoció el frente de la Casa Encantada y fue cuando decidió atravesar la calle. Torció hacia el bolo y entró. Al fondo estaba la señora Roberta. Ella le dijo; Lo mandé a llamar Mancilla pa que me pague la cuenta que tiene pendiente conmigo desde hace varios sábados. El respondió que no, que cuál cuenta, que estaba muy equivocada y que a un hombre como él no lo venía a pretinear una marimacha como ella. La insultó y la amenazó con meterla presa... Entonces la señora Roberta sacó el revólver, le puso el cañón en la frente y diciéndole usted será muy macho Mancilla pero aquí va a dejar los pantalones lo obligó a agarrar una escoba de chamizas. Lo empujó y le gritó: Ahora va a barrer el bolo, todo el bolo... Después lo hizo acomodar los palos en el matacho, lo puso a lavar los vasos para los tragos y le ordenó que se hincara y le pidiera perdón. Pero el señor Mancilla no habló nada, tal vez por el susto que tenía... Que me pida perdón, le decía. Y él callado, con las

quijadas trancadas. Pida perdón so muérgano, pedazo de vivo que siempre ha estado engañando a las gentes más pendejas. Pida perdón Mancilla o se muere. El señor estaba sudando pero no habló ni una palabra... La señora Roberta le disparó dos tiros y él cayó de frente sobre la tierra". ¿Y eso hace poco? "Hace poco, no tendrá ni inedia hora"... ¿Quién sabe cuál rumbo cogería Roberta! ¡Y qué pasará con el bolo y los animales y la Casa Encantada!").

Estás sentado con los pies extendidos sobre la cama. Las órbitas, más hondas y sombrías, no se quitan del resplandor de la ventana... Las mujeres salieron en silencio hace rato hacia la cocina. Mucho antes de que el péndulo de tú cabeza empezara a agitarse y de que exhibieras este rictus de tierra yerma.

—Columba, esto es lo peor que nos podía haber ocurrido. En sólo dos meses y medio han pasado tantas cosas. Primero esas terribles fiebres. Luego la pérdida del trabajo de Alberto. Y ahora este estado de postración en que se encuentra.

—¿Pero tú no crees que sea por la debilidad y el agotamiento?... ¿Y que al recuperarse desaparezcan esos desvaríos?

—No Columba, yo abrigo muchos temores. Es más, creo que Alberto tiene perdido el juicio... Ayer, por ejemplo, me sentí muy animada y optimista porque él pasó un día sereno y lejos de esos delirios que lo vuelven un ser extraño. Incluso hablamos. Y ante su angustia por volver a la oficina, me animé a decirle que no se preocupara tanto porque allá todo marchaba bien y un suplente estaba haciendo su trabajo mientras él regresaba. "¿Quién es?" me preguntó. Bueno, no estoy segura, pero me parece que es

una señora llamada Diluvina... Se me quedó mirando. Movi6 lentamente la cabeza como en se1al de aprobaci6n, se recost6 sobre la almohada y as6 estuvo largo rato. Yo lo estimul6. Permanec6 cerca de 6l acarici6ndole la frente y los cabellos. Sin embargo, cuando lo cre6a dormido y ya me retiraba, dijo en voz baja; “Amalia, ¿te acuerdas cuando and6bamos con Boves y Sarr6a por los llanos de Oriente? El domingo me encontr6 con Boves en la retreta de la Plaza Bol6var... Haz pastelitos y mojo trujillano, porque el s6bado viene para ac6 a almorzar con nosotros”.

SEGUNDA PARTE

EL ARREGLO

NO HAN VENIDO a hacerte preso.

Estás aquí reclinado, en tu vieja silla de cuero, al frente de la casa donde nacieras hace cuarenta y cinco años. Y no hay nada que delate un cambio en el habitual comportamiento de las gentes. Nada que presagie un desenlace con respecto a ese horrible suceso tan celosamente guardado por ti.

Durante los últimos meses, desde cuando hace tres años volviste al pueblo para residenciarte en él con tu mujer, este es el sitio preferido... Esperas siempre que el sol caiga, buscas la silla y te acomodas —vacilante, nervioso— casi al término de esta acera alta, que es como un mirador. Dispones de toda la calle principal, desde La Quinta, en la salida hacia Trujillo, hasta las casas diminutas que allá en la parte baja apuntan hacia Valera y Motatán... La plaza apenas a una cuadra, fácil de otear por un costado, y el altopzano de la iglesia y el poco movimiento en la esquina del botiquín y de la jefatura.

Sigues la trayectoria de los vehículos que atinan a pasar y acompañas con tu mirada a los contados transeúntes. En cada caso sólo estás movido por el interés de exhibirte; por el afán angustioso de que se fijen en ti; de que te reconozcan y comprendan que no has huido.

Por eso muchas veces ni siquiera respondes los saludos. Detallas bien los gestos, calculas las intenciones y hasta pretendes adivinar mensajes en las simples sonrisas. Porque lo que esperas siempre es que, de un momento a otro, alguien pueda vaciarte su malicia y darte a entender que está en cuenta de todo. O que alguien resueltamente se te acerque y te diga: “¿Usted es el señor Alberto Lunar?... Deseamos hacerle unas preguntas”. O simple y llanamente: “Señor Lunar, está usted detenido”.

Nada de esto ha ocurrido y es todo muy extraño. ¿O es que nadie nunca ha albergado la menor sospecha en cuanto a tu participación en los hechos?... Ojalá que esta fuese la realidad definitiva, inmutable. Así tu mujer, tu hijo y hasta tus hermanos estarían a salvo de un escándalo y de una vergüenza que irremediamente los destrozaría... Pero te mueves al borde de un vacío. Sabes que está abierta la posibilidad contraria. De la noche a la mañana, tus extremos cuidados en borrar presuntos rasgos delatores pueden quedar al descubierto y los hilos de esta desgracia que te envuelve pasar al dominio de la calle. Entonces sí se te vendrá encima una realidad contundente, aplastante, para la cual debieras incluso prepararte desde ahora.

El punto más riesgoso y delicado de este enredijo es la actitud de tu único cómplice consciente. No es que exista el más mínimo indicio de deslealtad o de flaqueza en él. Su amistad contigo es consistente y perdurable. A pesar de ser hombre de pocas letras, aposenta en su espíritu una gran sapiencia de la vida y sabe administrarse con seriedad y aplomo... Pero nadie puede estar seguro de que su conciencia no pese más que sus atributos y controles individuales. O de que alguna manifestación involuntaria —en

un sueño o una embriaguez delirante— no pueda ser la chispa que deje sueltas las hebras de la madeja.

Sin embargo, hasta ahora lo más sorprendente para ti ha sido la conducta de Amalia... A pesar de su natural perspicacia y del admirable conocimiento de tu mundo de motivaciones e inquietudes, tanto como de la gama de tus actos fallidos y cumplidos, no ha dado muestras de intuir siquiera cuanto escondes. Tampoco se la aprecia en posición inquisitiva ante tus mudos y prolongados soliloquios o con motivo de tus constantes e indeterminables salidas por el pueblo. Ella está consciente de la justificación de tus caminatas, sin riesgo posible entre el afecto de tus gentes y con el influjo reconfortante que depara la luz sin mancha de estos montes y largas ristras de casas inverosímiles.

La única vez que recuerdas haber atraído la atención de Amalia fue cuando, una tarde, sentado en este mismo sitio, un amigo que bajaba te saludó y por costumbre indagó: “¿Cómo marchan las cosas?”... No han venido todavía —respondiste—. Pero no importa, si vienen aquí me encuentran. “Mi amor —intervino Amalia— él sólo te está preguntando que cómo estás... que cómo te sientes”. Ella le hizo un gesto de atención y agradecimiento al contertulio. Tú la miraste, para buscar alguna respuesta a tus angustias en sus ojos. Después todo continuó igual, como hasta ahora.

POR LA CABEZA DE NADIE podía pasar aquella tarde de tu retorno al pueblo, que éste serla el escenario de la más desventurada locura de tu vida.

Bajaste de último, entre azorado e indeciso. Primero lo había hecho Amalia y luego tu hermana Columba. Ellas te ayudaron a abandonar el estribo del autobusetete y a posar de nuevo las plantas en la tierra de tu origen... Macilento, bajo el sol canicular de julio, te detuviste allí a un lado de la vía, por poco rato, para fijar los reflejos de aquella imagen que se extendía presagiosa frente a ti.

El día anterior, al final de la mañana, habían llegado con el camión de la mudanza tu cuñado Vladimir, tu hijo Alberto y Nerio Parada, quien hacía de conductor. Ya para el arribo de ustedes, la casa que antes ocuparon tus padres y después estuvo largo tiempo arrendada, había recibido los arreglos indispensables y emanaba de ella un nuevo espíritu, propicio para tu recuperación.

Te sentías bastante rendido por el largo viaje. Pero experimentabas una inusitada emoción. Tal vez no Sólo por el reencuentro con tus propias esencias, sino por la seguridad plena que te reportaba estar aquí, lejos de la posibilidad de volver otra vez a una clínica siquiátrica, como aquella donde permaneciste recluso, en las cercanías de Caracas, durante casi seis meses.

Zenobia Gallardo, la anciana que ayudara en tu crianza al final de los lejanos días de tu niñez, se encontraba entre las amistades que habían venido a darles la bienvenida y a renovarles el testimonio de su afecto. Las Monsalve, la menor de las Jordán y Rosarito Quevedo habían preparado incluso diversas comidas. Su júbilo y bondadosa solidaridad te decían a viva voz que no estabas solo y que La Pedregosa entera sería el más apropiado centro de salud para la cura de tus males.

Desde la puerta de la calle fuiste, entre abrazos, directamente al corredor posterior, que es casi tan grande como la sala... Una lucidez refrescante recorrió tu interioridad. Fue un celaje de largas reminiscencias... Desde la mecedora de siempre, que habían instalado allí, paseaste tu visión por el rectángulo del patio, ahora más yermo y desolado. Al fondo, junto a la cerca, sólo subsistían el totumo añoso y el mango que plantaras cuando aún eras adolescente. Acá, en, las proximidades de la cocina y del zaguán, ni el más leve vestigio de las lluvias-de-oro, las rosas y los mirtos.

Te parecía ver los surcos de las carreteras endemoniadas por donde habías hecho viajar las latas-de-sardina-camiones, de distintos modelos, hasta el tope de “víveres y frutos del país”. O a un costado, la fábrica de carros con ruedas de potes de aceite vacíos, en cuyas plataformas era posible transportar cargas mayores. Y al alzar la mirada, una cabriola de Paulino Alzualde en el trapecio improvisado, con todos los muchachos del pueblo alrededor, aplaudiendo frenéticamente y gozando a sus anchas de la entrada que costaba una locha.

Casa de infinitas añoranzas, de rescoldos eternos!.. Aquí nació el primer cine de la comunidad, impulsado por la fe de tus hermanos y la desazón insostenible de tu pubertad. También la primera imprenta, con letras de caucho: la primera lotería y el primer periódico local... Adheridas a los muros vibraban aún las risas de los compañeros de aquel tiempo que animaron contigo las más fantasiosas empresas colectivas.

Te sacudieron varias manos amigas. Entonces te volviste afectuoso hacia el grupo, te pusiste de pie y te dejaste

llevar por su charla, cálida y transparente... Ya con la postrera luz de la tarde y a modo de despedida, una de las Monsalve dijo: "Pues sí Alberto, nos sentimos muy contentos todos de que hayan venido a vivir entre nosotros. Aquí seguimos todavía con la misma tranquilidad de siempre; sin las carreras y los sustos que hay por allá en Caracas... Aunque desde hace algunos meses ha cundido el temor por las apariciones del ánima del finado Sarría. Es lo único. Y eso ni se sabe si es verdad".

Un turbión de sangre te ascendió hasta el rostro. Pero aparte de un discreto temblor, nada más tuvo alguna trascendencia. Después, recostado a la puerta de la calle, cavilaste.- "Estas gentes no conocen ni podrán conocer nunca a Sarría... ¡Díganme, ahora dízque difunto!".

DESDE QUE DESPUNTÓ el jinete en la cabecera del pueblo, comprendiste que se trataba de Gervasio Arbeláez.

Venía al trote, por el centro de la calle. Bamboleaba su cuerpo sin control, asido quién sabe con cuál fuerza de la cabalgadura para no caer de bruces al suelo. Igual que muñeco de ventrílocuo, se quedaba por momentos ridículamente tieso, con una mueca sin destino en la cara, hasta cuando lo sacudía el espasmo del grito "¡Vivan los Arbelaez y a quien no le guste que lo diga!".

("Otra vez el maldito cacique, borracho y buscando camorra... ¡Claro!, hoy es sábado y no podría fallar").

Muchas puertas se cerraban a su paso. Pero él arreciaba los gritos, con una verga de toro erigida en la diestra.

Tú, Alberto, te mantuviste aferrado a la silla de cuero. Sentías repulsa por aquel mandamás bravucón, como se reniega de la podredumbre. Habías conocido, por diversos medios, muchas de sus tropelías. Insultos, infamias, violaciones, chantajes y estafas a los agricultores del pueblo figuraban en su prontuario personal, todo basado en sus riquezas feudales y en la inmancable complicidad de las autoridades... Una noche, más o menos a la ocho, él subía en su cano por la calle principal. Frente a la plaza, un hombre de a pie le hizo una señal para que se detuviera. No fue un acto de abuso o de irrespeto. Era Morillito, un obrero petrolero que esporádicamente volvía a La Pedregosa los fines de semana, quien esperaba afanoso un transporte que lo condujera a la encrucijada de La Concepción, desde donde le sería más fácil trasladarse hasta el Zulla. Por la oscuridad, sin reparar en la identidad del conductor, le dijo: “¿Podría llevarme un poco más allá?”... El energúmeno abrió la puerta de su lado, se paró en el estribo, sacó un pito del bolsillo y lo hizo sonar a todo pulmón. Al minuto estaba el policía cuadrándosele al frente. “¿Qué se le ofrece don Gervasio?”. “Llévese este carajo faltaè respeto, sinvergüenza, y me lo enguacala por unos días, pa’ que aprenda a conócele bien la cara a los choferes de plaza”. Santa palabra. Así fue... Del mismo modo como cuando llamaba a la Jefatura desde su hacienda para que fueran a buscar a los trabajadores enfermos, quienes para él sólo eran “unos mierdas de flojos”. Y esto, después de haberlos tenido, durante horas, amarrados bajo el sol, largo a largo sobre latas de zinc...

Ya iba cruzando frente a ti, la bestia al paso. Vestía un liquiliqui gris abierto hasta la mitad del pecho y botas de

montar. El sombrero pelo'e guama terciado hacia atrás... Una mirada vidriosa se posó en tu rostro, unos pocos segundos. Desde la jeta babosa te arropó el chillido: "Vivan los Arbeláez... Un caracoleo. El caballo en bajada muy cerca de la acera. "Viva Gervasio Arbeláez, carajo'. De un salto lograste erguirte pegado a la pared. Y el fuetazo sin suerte pasó rasante hacia el poste de la luz... Penduleó pero, quién sabe cómo, se mantuvo en la silla. Sin siquiera voltear, como si nada hubiese sucedido, siguió derecho. Ya Amalia estaba tomándote del brazo. "Está ebrio, déjalo que se vaya... Métete para acá". "No, todo está bien. Yo sigo aquí sentado... Entra tú'.

Empezaron a oírse las chicharras, pero aún había claridad. Desde tu odio contenido, observaste en silencio las peripecias del borracho en las vecindades de la plaza. Hacía subir al animal las gradas de la iglesia. Correteaba frente a la Jefatura. Se le encimaba a las gentes que estaban en la esquina. Y se desgañitaba, agitando la verga que portaba... Entonces viste con asombro cuando se agachó sobre la montura y se introdujo en el botiquín por la puerta principal. Algunos parroquianos salieron a la calle. Otros fueron a curiosear lo que ocurría... No habrían transcurrido diez minutos cuando se oyeron los primeros disparos. De un salto, como resorte liberado, te pusiste en medio de la vía. Y empezaste a trotar hacia el lugar de la refriega, que muchos abandonaban presurosos.

Los tiros iniciales fueron hechos por Gervasio, sin bajar del caballo y frente al mostrador, para celebrar el primer trago. En el techo de zinc quedó la marca de los tres orificios. "Tomate un palo conmigo —le dijo a un hombre joven que ya se retiraba—. Vení, tómatelo"... "No don

Gervasio, ya me voy, muchas gracias. “Tómatalo te digo, no seáis grosero, mirá que te estoy hablando yo”. “Sí don Gervasio, yo sé, pero es que ahora no quiero”... Él hacendado sacó entonces el revólver de nuevo y le ordenó al botiquinero; “Servile un palo y se lo dais a ver si se atreve a despreciame”. El individuo sacó un puñal y trató de irse encima del jinete. Pero éste giró el caballo, mientras disparaba impreciso una, dos veces. El hombre trastabilló y cayó ileso debajo del animal. De allí se arrastró rápidamente hacia la calle. Arbeláez quiso seguirlo pero se atoró en la puerta...

Tú, Alberto, habías visto cuando él apuntó al parroquiano. Y saltaste hacia la Jefatura, en cuya puerta estaba el Jefe tranquilamente sentado. El policía en la esquina, muy cerca. “¡Cómo es posible que ese señor esté echando tiros aquí al lado y amenazando a todo el mundo y que ustedes no se den por enterados!... Va a matar a todos los que están allí adentro. Hagan algo, carajo!”. El que había huido del bar y otras dos docenas de testigos de lo que estaba pasando se arremolinaron junto al Jefe. “Echense pa’tras... pa’tras”, ordenó el viejo. “A mí me hizo dos tiros. Está obligando a la gente a beber”.

El Jefe volteó a un lado y caminó hasta la esquina. El grupo, cada vez mayor, lo siguió. Se oyeron otros disparos. Y tú te le encaraste: “¿Es que usted no tiene cojones para detener a un borracho-matón?”... “Mire, Pánfilo -gritó entonces el Jefe al policía-, deténgame aquí a este señor por falta de respeto”... Todos te cubrieron y voceaban a él no, a él no”. Tú insististe; “Usted tiene que hacer preso es al que está allí adentro. Decídase y lo seguimos”. El Jefe titubeó, pero enseguida, ante la expectativa general, dijo: “Ustedes quédense

acá afuera. Déjenme a mí entenderme con él”... Demudado caminó hacia el botiquín. Cuando entró, Arbeláez estaba casi cayéndose de la cabalgadura. Con el mesonero lo ayudó a bajar y lo sentó en una silla plegable. “Llámeme a Pánfilo” le pidió al botiquinero. Al minuto, la orden para el subalterno: “Vaya rápido y le dice a mi sobrino Geremías que traiga el carro. Usted va a ir con él a llevar a don Gervasio... Y usted — se dirigió al mesonero— lleva después el caballo para el solar de la Jefatura, por la puerta de atrás”... Todo se cumplió en quince minutos. El borracho entró cargado al automóvil. Y luego salió el caballo, por entre toda la gente, hacia el destino indicado... La sorpresa general devino en estupefacción. Y fuiste tú quien comento en alta voz: “¡Qué barbaridad!, la cabuya reventó por lo más delgado. Pusieron preso al animal”. Las risas disiparon el mal rato. Pero el lunes siguiente debiste concurrir con tu mujer ante la primera autoridad civil para la firma de una caución, mediante la cual te comprometiste a no promover en el futuro desórdenes públicos ni a instigar contra la autoridad. El otro paisano, a quien milagrosamente no mataron, fue detenido y puesto a la orden de Trujillo.

En aquel momento pronunciaste a solas por primera vez las duras palabras premonitorias: “Esta la pagarás Gervasio Arbeláez”.

LOS DÍAS MÁS DOLOROSOS fueron aquellos de la clínica siquiátrica en los Teques...

La tez rugosa y seca de Zenobia aguardaba inmóvil las otras palabras de tu mujer Amalia. Estaban en la cocina de

la casa, con un guayoyo de por medio, a un mes escaso del regreso de Caracas... La viejita menuda era más que una abuela. El amor por ella estaba unido al indisoluble recuerdo de tus padres, muertos varios años atrás. Pero más pesaba tal vez en los afectos familiares el que su presencia fuera una reliquia del luminoso mundo de tu infancia.

Albertico —quien se había quedado con Columba para garantía de sus estudios— llamaba a Zenobia “nana-vieja”. La veneraba. Le traía regalos de toda laya cuando venía de vacaciones y hablaba con ella ruidosamente, contándole historias reales o inventadas que deslumbraban a la amable octogenaria.

Amalia hablaba y la carita senil iba devolviendo en tenues gestos las incidencias de la conversación. “Porque nunca es lo mismo doña Zenobia atenderle al marido su enfermedad dentro de la propia casa a tener que dejarlo, como sin doliente, internado en un hospital o en una clínica... Aquella primera tarde cuajado me despedí de Alberto y le vi esa tristeza tan grande en sus ojos, casi no podía sostenerme y tuve que hacer un esfuerzo como usted no se imagina para no largar el llanto allí mismo. ¡Claro!, él quedaba con los médicos y las otras gentes de la clínica, pero nunca es lo mismo... Afortunadamente, para el día del primer pago, ya teníamos las seguridades de que a él le darían sus pocas prestaciones y habíamos conseguido un préstamo por diligencias del cuñado Vladimir. Piense usted, doña Zenobia, qué nos hubiéramos hecho sin una ayuda como esa, que dicho sea de paso se la debemos a las carreras que dio por nosotros Roberto Vilas, un buen amigo de Alberto... Porque hasta ese momento lo que teníamos eran puras deudas, como las seguimos teniendo, y

el apoyo de esa santa mujer que se llama Columba y de su esposo”.

Tu mujer lavaba unos corotos y se preparaba para tender unas arepas. Se veía más delgada y ojerosa, pero su temple era el mismo. Iba y venía del cimientito a la pequeña mesa de madera. A veces desviaba la mirada hacia las piedras de la calle, a través del boquete que estaba abierto en la pared de la derecha.

“¡Ay, doña Zenobia, por todas las que hemos tenido que pasar!.. Mientras Alberto permanecía en la clínica, yo trabajaba en un bazar de Sabana Grande, no demasiado lejos de la casa, y en los ratos libres hacía y arreglaba vestidos para personas conocidas. Mi muchacho almorzaba donde Columba y sólo en la tardcecita nos veíamos, hasta la despedida muy temprano en la mañana. Así todos los días de la semana... De los antiguos compañeros de Alberto, casi nadie se volvió a acordar de nosotros. Los jefes que él tuvo en su trabajo se portaron como unos verdaderos zánganos, como si mi marido fuera una basura y resulta que la basura son ellos. Dios castiga y a esos piltrafas les llegará el momento de sus cuentas”.

La ancianita decía “sí, castiga, castiga” y movía desacompañadamente la cabeza de algodón marchito.

“Cuando Alberto dejó la hospitalización, decidí con Columba que lo mejor era alquilar nuestro apartamento y venirnos para La Pedregosa. Pensamos que haciéndolo así, muchas cosas estarían a nuestro favor... El con toda seguridad se sentiría más a gusto en su pueblo y la mejoría podría ser mucho más rápida. Aquí además no pagaríamos alquiler y nos ayudaríamos con lo que nos dejara el de Caracas... Menos gastos, menos complicaciones; en fin,

creo que resolvimos bien. Aquí voy a seguir cociendo. Y ya le dije a Gustavo cuando vino que nos haga construir un horno pequeño para fabricar pan... Con eso nos arreglaremos. Ahora lo que importa es que Alberto se cure”.

“Si, que se cure, que se cure” —remató la abuelita.

NERIO PARADA tenía un año y pocos días de vivir en La Pedregosa cuando tú le hiciste vagamente la primera sugerencia del plan...

En aquel entonces, era más bien una idea difusa. Más que de un propósito delineado se trataba de una audacia sorprendente; de una osadía que te obsesionaba minuto a minuto. Pero necesitabas tentarlo, para hurgar en sus reacciones y calibrar hasta dónde le daban sus amarras. Porque dentro de tus propósitos resultaba indispensable un auxiliar en quien pudieras fiarte. Y él era la persona de más confianza, por la larga amistad desde Caracas.

El hecho de que Nerio se encontrara aquí en tu pueblo, con su mujer y sus tres hijos, se debía sólo a tu influencia. La prédica constante de las bondades de este rincón montaños, “tierra úber y productiva” como solías decir, encontró respuesta propicia en las dificultades que acosaban la vida capitalina de este modesto obrero público... Y es que él halló desde el comienzo un cierto desprendimiento en tus palabras. Una intención benévola. Un rasgo de pureza que tenía que ser expresión de todo cuanto tú mismo ponderabas.

La relación de trabajo en una misma dependencia fue estableciendo y afirmando un vínculo de solidaridad que pronto se extendió a ambas familias.

Y a la hora de la desdicha y del tránsito aciago, esa solidaridad se vio magnificada. Prueba de ello es que Nerio fue uno de tus pocos amigos que mantuvo su lealtad a tu casa en los momentos más críticos de la enfermedad. Como fue el único que se ofreció para conseguir un transporte prestado y hacerte la mudanza en los días del retorno doloroso.

Él se fue prendiendo de los aires de esta tierra, desde aquel viaje y otros dos que hiciera con su mujer, a lo largo de un año, para venir a saludarlos. Cuando tomó la decisión de establecerse aquí en La Pedregosa, ya tenía varios meses desempleado. Lo atraparon los mismos tentáculos que a ti te estrangularon... Un buen día le dijo a su mujer: “Vámonos vieja, ya aquí no podemos. En Trujillo nos será más fácil vivir. Yo traté con el señor Faustino Barrete cuando fuimos y creo que con él podré trabajar’.

Y empacaron.

Las dos primeras semanas las pasaron en una habitación de tu casa. Nerio traía de Caracas lo que había podido ahorrar, además de las escasas prestaciones que recibió. Con esos recursos empezó a movilizarse. Alquiló casa. El hijo mayor consiguió trabajo como ayudante en un camión. Los otros al colegio. Y él, a medias en la siembra con Faustino Bárrelo, Mano Tino.

No habían sido vanas tus palabras. Aunque, como tú mismo decías siempre, no existían los estímulos ni la asistencia para poder sembrar y producir. Y aún la anquilostomiasis barría los nuevos brotes, sin dejarlos llegar a edad

de flor... Pero “para pasar trabajo —creía Nerio— es mejor donde el aire sea más barato y toquen de-a-menos los rasguños”. Por eso aquí se instaló. Y allí lo tienen, sembrando. Muchas veces también “sin mirar el surco donde cae el grano”.

Amalia y tú, Alberto, han sido el puente para esta milagrosa integración de Nerio al pueblo. Eso lo tenías muy presente aquella tarde cuando tocaste a las puertas de su complicidad. Te dolía utilizar ese recurso, pero más valía tu obsesión. Dabas marcha atrás y volvías impertérrito, como movido por una fuerza ciega, a tantear las posibilidades; a largarle la cuerda, para ver si lograbas enredarlo en tus maquinaciones... Tanto que cuando, por un acontecimiento inopinado, tuviste en verdad al alcance de tu mano una posibilidad de acción concreta, fuiste presa de un mayor arrobamiento y sentiste que era para ti un deber comprometerlo.

Aquel día, en el momento en que Nerio agarró el hilo de la primera insinuación, apenas murmuró entre sorprendido e incrédulo; “¿Usted cree que eso sea necesario?... No vale la pena Alberto. Olvídese de ese intento”.

Pero tú le viste en la expresión que no le repugnaba la idea. Y que no estaba seguro de resistir la tentación... Era lo que a ti te interesaba.

NUNCA HABÍAS TENIDO una sorpresa en tu vida como la de aquel mediodía.

Te encontrabas parado desprevenidamente cerca de un restaurant en La Concepción. Estabas a la espera de una

forma cualquiera de transporte, para variar las caminatas habituales hasta el pueblo. Tenías puesto un sombrero de cogollo con las alas volteadas hacia abajo. Los techos de las ventas de frutas armaban juegos de relumbres enceguedores. Algunos viajeros se confundían con las gentes que en esta encrucijada comercian los productos de las sembradas vecinas... Por la boca de la callejuela con-tigua a una gasolinera, aparecieron dos jinetes ensombrerados. Venían al paso. Se percibían los gestos de su conversación... Enfilaron hacia las proximidades de la fonda que te quedaba enfrente. Uno era Arbeláez. Venían seguramente de su hacienda. Esta era la vía de acceso principal. ¿Y el otro hombre? No fue siquiera curiosidad sino una simple ocurrencia. Los veías venir y disimulaste tu presencia detrás de un automóvil. De golpe, la revelación más increíble... ¡Ramiro Castillo!.. ¡El señor Castillo!.. ¿Qué hace este individuo por aquí?.. Te sentías anonadado, suspendido por una sensación de irrealidad. No alcanzabas a comprender. La turbación apenas dio lugar para encogerte más y refugiar la cara detrás de tu sombrero... Los hombres desmontaron. Sus caballos quedaron amarrados de unos árboles. Entraron. Seguían las risas entre ellos. “Dos cervezas bien frías” dijo Arbeláez. Se sentaron a una mesa para cuatro, al lado de la reja que daba hacia la carretera. Bebieron los primeros sorbos con fruición. Eran amigos, no había duda. El viejo ex-funcionario debía estar de visita en la cercana “Arbelaceña”... ¿Desde cuándo? Entonces te sobrecogió la idea de que pudiera haberte visto. Eso estaba dentro de lo posible. Pero era más probable que hubieses sido tú el primero en descubrirlo, como en aquel momento. Porque en una pequeña comunidad, con veinte o treinta casas como

La Concepción, donde todo el mundo se conoce, la cara del extraño sobresale y es en lo que primero se repara... “Más cerveza” pidió Gervasio. El otro leía el menú en una pizarra colgante. ¿Y cuánto tiempo estará aquí?, volvías a preguntarte. No le quitabas la mirada de encima.

Tenía la piel un poco más curtida, pero seguía siendo chupado como siempre. Debía estar de vacaciones o simplemente pasando algunos días. Por la calma con que actuaba y hasta por la ropa que vestía era fácil deducir que no estaba de paso. Se quedaría unos días seguramente. Tal vez unas semanas... Cavilabas y, ya en esta hipótesis, sentiste como una recompensa a tus afanes. Era un baño de aguas milagrosas que enjuagaban tu mente y todos los tendones de tu cuerpo. Dios es muy grande, te decías. Él nos lo ha traído. Y lo que debemos hacer ahora es no desperdiciar su presencia. La dicha a veces tarda pero llega... Ellos comían y vaciaban otras cervezas. Pidieron caraoatas refritas, chicharrones de carne de cochino, mojo trujillano, cuajada, arepa... Como al par de horas se pararon. Tú te agachaste presuroso y así estuviste hasta cuando volvieron a sus cabalgaduras. Al partir, lentamente, de nuevo hacia la callejuela, los seguiste a distancia. Iban parlotando en alta voz. “Ahora nos echamos el Sambuca” gritó Arbeláez desde adelante. Un poco más allá de la entrada del camino, tú resolviste saltar la cerca y bordear por unos matorrales, rumbo también hacia la hacienda pero a cubierto de ser visto... Te ubicaste a veinte metros del corredor de la casa familiar. La “Arbelaceña” lucía tranquila, acogedora. A lo lejos, los peones y caporales trajinaban en el trapiche. Se oían voces apagadas y cantos monótonos. Los hombres se habían acomodado en un extremo, muy cerca del portal.

Estaban recostados en sillas de extensión. Bebían el licor en unas copas menudas.

Castillo se velan más flaco sin sombrero y más viejo también. Los ramalazos de groserías del fanfarrón Gervasio salían saltando a bocanadas por entre las matas y se perdían en el silencio. “Y pa’ qué carajo tenéis que irte la próxima semana —oíste que le dijo al visitante. Quédate hasta el último. Total, vos no tenéis nada que hacer ahora en Caracas... Como no sea cuidar el rialero que te cogites”... Se puso de pie y empezó a zapatear. Las carcajadas resbalaron en los adoquines del patio. “Tú sí tienes vainas Gervasio, siempre igual”. “¿Te acuerdas —repuso el hacendado— cuando nos íbamos pa’ Las Cuatro Brasas a beber y a comer por cuenta del Ministerio?.. A propósito, ¿cómo va lo del juicio a Wiliam y Carmelo, que eran del grupito nuestro? Tenéis que estar al lado de ellos, porque lealtad es lealtad”. “Sí, claro!.. Ellos están ahora en período de pruebas”. “¿Y es verdad que fue por más de nueve millones la movida? Si es así entonces eso llevaba tiempo. Ustedes hechos los pendejos se llenaron!”... “Cuidado, cuidado. Ten mucho cuidado con lo que dices Gervasio, mira que eso es muy delicado”. Arbeláez se tomó un trago y luego le dio un viraje al diálogo. “Bueno, dejemos eso... Por fin, ¿te quedáis este par de semanas? “¡Hecho! -dijo Castillo, levantando la copa. Con eso aprovecho para dar unas cuantas caminadas”.

Los dos siguieron un poco más, comentando cosas intrascendentes. Al rato Gervasio se quedó dormido en la silla, con los pies extendidos sobre el muro. Serían ya las cinco de la tarde. El hombrecito de los lentes apuró otra copa y luego se retiró, quizás a recostarse también.

Todo a pedir de boca, pensaste tú... Ahora sí empezaba a tomar forma tu plan.

¿CUÁNDO LLEGÓ usted, Sarría?

En el lado más oscuro de la plaza, tú tratas de seguir los rasgos del rostro aindiado de Benito Sarría... Conversan solitarios, en dos bancos enfrentados, como si ustedes fueran los únicos habitantes de este pueblo.

“Desde la tardecita estoy por estos laos... A lo mejor esta es la última vez, porque estos guesos míos ya no me dan pa’ más... Estaba por las cercanía del Vigía y menos mal que me dieron unas colas”.

El Loco se remueve en su asiento, ya sin el ímpetu de tiempos atrás. Siete décadas largas han desflecado el portento de sus músculos, pero el mundo oculto de sus desvaríos se mantiene intocado. Ahora cuando habla, asoma un dejo de cansancio y de melancolía. No quiere decir esto que se prive de hablar. Al contrario. Conversa, por retazos, de los asuntos más disímiles y sin que a veces una cosa guarde ilación con otra.

Tenerlo aquí enfrente esta noche, a la hora en que todo el mundo le temía cuando estabas muchacho, constituye para ti una concesión afortunada de la vida. Él encarna una historia sorprendente de misterios y visiones inefables. Su nombre llenó todo el espacio que podía cubrir el conocimiento de tu niñez y adolescencia. Sus odiseas de impenitente trotamundos hacían volar la fantasía de todo el pueblo. Y hasta en el peligro de su presencia, tantas veces proclamado, se escondía inequívocamente un mensaje

que nadie quiso o no pudo descifrar... Ahora comprendes que su alma aposenta una conmovedora soledad.

Hoy has venido a buscarlo porque ahora eres tú el desesperado. Tenías ya días esperando este instante. Más que eso, buscando afanosamente que se diera... Sarría es desde siempre un espejo de la vida. Todos los aconteceres se reflejan en él. Y desde la trastienda de sus cavilaciones puede presentir la pena o el secreto ajeno. Por eso representa una fuente segura de las respuestas que quieres obtener.

Sarría —le inquietas angustiado— ¿ha oído decir algo en estos días de alguna cosa sucedida?... “Nada, que esta vaina está peor por todas partes. Y aquí esto más bien está callao. Pero dígame en las ciudades... Eso es pa’ burros. Las cornetas no dejan a naiden oír ni lo que está pensando”... Sí pero yo le decía en el pueblo. Usted sabe. Cuando pasa algo raro y sobre todo si es mal hecho, las gentes se asombran y comentan... “¿Qué carajo van a estar diciendo estos pobres diablos de aquí? ¿Con qué animo?, si hasta los plátanos y las yucas se acabaron. Estate quieto... estate quieto eso sí a que yo sea el Gobernador, pa’ que vos viáis que todo el mundo come y marcha firme”.

Nada logras poner en claro. El viejo perturbado se sale por los flancos y da de largas a sus endemoniadas peroratas. Pero tú no puedes perder tiempo. Te irrita incluso que le estés preguntando y él, tan experimentado y zorro, se evada. ¿Es que no entiende o se está haciendo el pendejo?... Oiga bien Sarría —le insistes—. ¿Qué haría usted con un tipo que le ha echado una vaina muy brava?... “No, no -saltó el loco-, a mí naiden me ha echao ninguna vaina, ni brava ni no brava. Porque el que me la eche se jode. Eso júrelo”... Bueno, por eso, supóngase que se la echa y no

vale ni denunciarlo ni nada por el estilo. ¿Usted se queda con la vaina echada?... “¿Yo?, cómo hicieras vos! No lo dejo llegar ni a la esquina... ¿Y si después que lo liquida, pasa el tiempo y pasa el tiempo y nadie se da por enterado?... Mejor pa mí”... ¡Claro!, está bien. Pero lo que yo quiero preguntarle es si ha oído decir que hayan matado a alguien... “Ah!, esa es harina de otro costal.

Una íntima satisfacción te serena. ¡Al fin das en el clavo! Ahora vas a saber por qué, después de todo lo que hiciste, te rodea este desconcertante silencio; esta bomba de tiempo que es el más infernal suplicio conocido.

“Por-ai lo que dicen es que güele a muerto. Ya a las narices está llegando la jedentina. Y parece que es un pesao el que se va pa’ el gueco”... ¿Qué se va?, preguntas desesperado. ¿No que ya está en el hueco?... “¡Y cómo lo va a estar si el tercio anda tuavía haciendo de las suyas!”.

Este es el acabóse —piensas—. Ni Sarría está enterado... Entonces la satisfacción se trueca en odio. Se te crispan las manos. Saltas al medio de los bancos y te encaras con el anciano, apuntándole con el índice: Yo no sé Sarría y no me interesa saber qué es lo que está pasando, pero tengo mis pantalones muy bien puestos y no soy ningún cobarde.

Los ojos del orate recobran su antiguo fulgor. Se sacude hacia un lado, como víbora en guardia. “¿Qué vaina pasa pues?... Usté como que tiene un trompo- en-la-uña”.

Esta expresión te enciende. Alzas los dos brazos, en gesto enérgico, como si estuvieras en un mitin. Sarría te observa absorto.

Lo que yo tengo es guáramo —le replicas—. Si estos pobres diablos, como usted dice, están haciéndose los de la

vista gorda para burlarse de mí, para vacilarme, o a la espera de que yo me marche escondido, pues muy pendejos están... ¡Yo doy el frente carajo! ¡Porque de las vainas que se hacen como hombre se entregan cuentas como hombre! ¡Yo sí fui quien lo hizo! ¿Y qué hay con eso?.. ¡Aquí me tienen para lo que mejor les parezca!.. ¡Grábese eso Sarría, grábeselo!

Partes a todo tren hacia los lados de tu casa, escuchando y maldiciendo. Sarría se queda ahora en el papel que te tocaba a ti cuando muchacho.

HOY HA LLEGADO carta de Caracas. Columba ha escrito a tu mujer Amalia un “estoraque”. Al final, unos recados de Albertico, escritos de su puño y letra:

Querida cuñada:

“La presente es para desear que ustedes se encuentren bien, al igual que todas las gentes amigas de nuestro pueblo. Por acá nos encontramos bien, a Dios gracias.

“Nos enteramos por tu carta del estado de nerviosismo e irritación en que se encuentra últimamente Alberto, eso me ha preocupado como tú no te imaginas, tanto que el sábado pasado le mandé a hacer una misa a San Judas Tadeo y aquí en la casa le tengo siempre encendido un velón para ver si se libra de esta desgracia mi pobre hermano.

“Yo sé todo lo buena que tú eres querida cuñadita con él, pero no sabes cuánto he llorado en todos estos largos meses al saber que no están cerca de nosotros y que nada puedo hacer por ayudarte si algún apuro se presenta. Acuérdate de lo que te he dicho, que allí están las Monsalves, que como tú sabes

son casi familia nuestra, y que para cualquier cosa llamas rápidamente a la compañía en el Zulia a Gustavo o Gesael, ellos están más cerca.

“De todas maneras cuéntale al doctor lo de las furias que ahora está cogiendo Alberto y lo de las cosas que tira y rompe, menos mal que contigo no se mete, él te adora y aunque esté enfermo siempre te trata bien y te cuida. Perdóname chica que te trate como si no supieras lo que tienes que hacer, pero es por la misma angustia y desesperación, pienso que pudieras pedirle a Nerio Parada que te ayude, cuando él pueda, a darle un vistazo a Alberto cuando anda por el pueblo, mucho más ahora que le están dando esos ataques de rabia, él es buena gente y estima mucho a mi hermano; ojalá que estas cosas últimas sean pasajeras y que sean producto solamente de esas ideas que como tú dices se le meten por temporadas en la cabeza.

“Dime ¿qué es de Zenobia, cómo marcha la viejita?, ¿siempre la ves? Nosotros por aquí hemos estado bien, Albertico recordándolos siempre muchas veces se pone triste, pero por lo demás todo maravilloso. Va muy bien en los estudios y se porta de lo mejor, junto a ésta les manda él también una cartica.

“Quería decirte Amalia que Vladimir va el jueves de la semana que viene para Mérida a unas diligencias de trabajo, él va a hacer el viaje por avión hasta Valera, para entrar a visitarlos aunque sea un par de horas en La Pedregosa, con él te mandaré algún dinerito y alguna ropita para ti y Alberto, no seas tonta recíbelo porque es mi gusto y a ustedes yo sé que les será muy útil.

“Háblale siempre a Alberto de nosotros, que lo queremos mucho y que siempre buscaremos el ratico que podamos para ir, vamos a ver si en este diciembre si Dios quiere podemos todos estar juntos y que el Santísimo se apiade de nosotros

para que logremos contar otra vez con Alberto curado y lleno de salud.

“Se me olvidaba decirte que ya nos pusieron teléfono, el número 221738, no dejes de marcar primero el 02.

“Bueno que Dios me los bendiga, cuídate tú mucho y cuida de mi hermanito, cuenta con nosotros para lo que sea necesario, hasta la próxima, Columba”.

“Querido papá:

“Siempre te recuerdo con mucho cariño y a mi mamá. Ustedes son lo más grande que yo tengo y le pido a todos los santos que me los cuide mucho. En mis estudios voy muy bien. Ya el año que viene termino el bachillerato. En lo que ahora vengan las vacaciones me iré corriendo para La Pedregosa, me parece que no llega el día de que estemos todos juntos como antes. Por ahora esto es todo, la bendición, Alberto.

“P.D. Mamá este recado es para ti: corta esta parte de mi carta y se la das a papá, bendición, A.”

SALISTE EN LA MAÑANA muy temprano, pero esa vez con un fin definido.

Fuiste al río, para la cita convenida con Nerio, bala las matas de bambú... Habían pasado dos días de tu encuentro fortuito con Castillo. Cuando eso sucedió, lo primero que hiciste de regreso al pueblo fue buscar a Parada y revelarles el colosal hallazgo. La noticia del siglo, amigo mío —le espetaste al toparlo—. ¿Sabes a quién tenemos en nuestros predios, como quien dice un vecino más del municipio?... No te puede pasar ni remotamente por la testa: Ramiro Castillo, tu ex jefe y cordial camarada... “¡Imposible!.. ¿Y en qué parte? saltó sobrecogido el confidente. Respondió

sin demoras pero lleno de dudas, por todo el laberinto de tus planes, que más parecían a sus oídos cadenas de espejismos o esperanzas ilusorias... Entonces explicaste. Está en la “Arbelaceña”. Es cumiña de Gervasio. ¿Crees que no? Vamos y te cercioras. Ya desde hoy deberíamos haberlo comprobado, pero tú andabas en tus diligencias por Trujillo. Mañana tempranito nos veremos en el paso del río, debajo de las guafas. Desde allí arrancaremos para allá. Es mejor coger por ese lado... “Convenido. A las siete en punto”.

Cuando llegaste, ya Nerio se encontraba en el sitio. Le referiste más detalles de tu descubrimiento: la forma casual como ocurrió, lo que observaste en la casa de la hacienda y la decisión del visitante de quedarse dos semanas... En todos estos días -le informabas, con un especial regocijo- saldrá a dar caminatas por los alrededores, casi seguro hasta La Concepción. Qué bueno, ¿verdad Nerio? ¡Nuestro héroe divirtiéndose y disfrutando de su bien ganado reposo! Nosotros lo vamos a ayudar... Bueno, salgamos. Veremos lo que está sucediendo y después trazamos la estrategia. No conviene que nos vean. Borearemos por la pata del cerro y les caeremos por detrás.

Ese sinvergüenza —le dijiste a tu compañero en el camino— está enredado hasta los tuétanos en el caso de sus compinches presos. Yo oí la conversación con Arbeláez y la forma como éste se lo dijo claro y raspado. El Gervasio se burló como le dio la gana. Porque son de mucha confianza. Brincaba como loco para picar a su socio de fechorías. Y el angelito de Castillo “no, no Gervasio, mira que esas son cosas peligrosas”... Vagabundos. Es lo más lógico y natural que sean uña y carne estas dos ratas.

Nerio, que le tenía un odio monumental al ex Viceministro y su cuadrilla, dejó correr —hasta con agrado— la andanada de impropiedades y expresiones soeces que partían de tu boca. Le extrañaba eso sí la forma como se caldeaba tu lenguaje, que antes jamás fue usual en ti. También los gestos iracundos con los cuales acompañabas tus palabras. Detenías repentinamente la marcha, tú que ibas adelante. Girabas violentamente hacia él, con un brazo extendido y la mano abierta para frenar su avance... ¡Cómo es posible —gritabas— que un zángano corrupto como éste nos haya atropellado a su antojo y nos haya aventado del servicio público cuando quiso y como quiso!... ¡Cómo disfrutaría con su rosca de cada caso como los nuestros!... ¡Cómo serían las risas de estos saqueadores a costillas de nosotros sus víctimas!

Pero se olvidaron de que hay una justicia natural y de que a cada ser sobre la tierra le corresponde la hora de su rendición de cuentas.

Las orejas de Nerio eran dos brasas. Todo tu discurso conseguía un eco en él. “Es que es una alimaña. Tanto él como sus socios... Pero es mejor que siga Alberto. Aquí no estamos haciendo nada”.

Pronto la “Arbelaceña” estuvo frente a ustedes... Caminaron un trecho inclinados, a ras de los matorrales circundantes y por el fondo de la casa. De un solo golpe de vista apreciaste cuanto ocurría en el corredor. Pero te hiciste atrás deliberadamente, para dejar que Nerio se percatara por sí mismo de la escena que le habías anunciado... “Verdaderamente, allí está. ¡Parece mentira!”. Fue todo cuanto se le ocurrió decir y volteó hacia ti con un gesto afirmativo.

Castillo, con un vaso en la mano, daba unos pasos cortos. Iba y volvía, muy cerca de la hamaca donde Arbeláez, sentado, ingería el contenido de otro vaso... Vamos a acercarnos más —propusiste—. Llegaron a unos metros de la pared lateral y quedaron a cubierto con ella. Serían las ocho y media de la mañana. “Entonces voy saliendo —dijo Gervasio—. Todas estas vainas tengo que hacerlas antes de que vuelvan mi mujer y los muchachos de México. Pero en total las diligencias de Valera y Escuque estarán listas alrededor del mediodía. A eso le doy yo dos palos”... “Yo aprovecho para caminar —respondió el otro—. Me dejas en La Concepción para comprar unas frutas”.

Arbeláez fue al interior y en pocos minutos regresó con dirección hacia el garaje... Corre Nerio, vete tú primero por esta trocha. Instálate detrás del expendio de Don Mateo, en todo el cruce. Cúbrete con un periódico o con algo. Allí es donde siempre compra Castillo. Espéralo a que llegue y oyes lo que converse. No te dejes ver de él. Después hablamos en el pueblo... Todo bien hecho Nerio. Anda.

Viste perderse las espaldas de tu amigo en el monte. Después oíste la voz de Castillo, cuando subía al automóvil: “Y te advierto que esta no es la última vez que te invado... Volveré, como dijo mi general”... Yo como tú no estaría muy seguro —comentaste para tus adentros.

VAS SUBIENDO hacia el cerro, a solas, casi al amanecer. Algunos agricultores que se dirigen a sus conucos te saludan. Todos pasan con cautela junto a ti. Por lo general vuelven la vista atrás, cuando ya no se oye tu jadeo.

(“Hoy se cumplen seis meses riel arreglo de cuentas”).

Como debieras ver los hechos es aceptando que se cumplen seis meses del día en que pasaste a ser deudor de la justicia. Porque nadie, Alberto, está autorizado para imponer castigo por mano propia y mucho menos para arrastrar a otros en acciones de venganza... Aquel suceso no fue, como tú dices, “la chispa sagrada de tu redención” sino la hora más infausta de tu atormentada existencia.

Y si me consideran un reo, ¿por qué no han venido a buscarme?. Yo no estoy rehuyendo mi responsabilidad. ¿Por qué no me aplican el rigor de la ley? Sé que para mí sí existe... ¿Entonces qué esperan? ¿Placerlo a uno pagar doble la pena? Porque esto ya es de por sí una infame condena. Un juicio público en la práctica... Todos te rechazan y arrinconan, pero son incapaces de señalarte directamente con el dedo y decir “fuiste tú y debes pagar por lo que hiciste”. Y quienes son el brazo de la justicia deben estar jugando naipes o se fueron de vacaciones...

Sigues discutiendo contigo mismo sin parar. Hablas a voz en cuello. Las gentes se asoman sorprendidas a las puertas de sus casas. Tú pasas sin reparar en ello. Accionas hacia el cielo, enardecido, poseso de una furia sin fronteras... No hay un minuto en ti para ver el paisaje. El espectáculo del enjambre de casitas que van siendo descubiertas por el sol y emergen desde lo hondo del valle. Atrás la cinta azulosa de tus sueños y los tablones de caña de verdes escalonados.

Estás frente al acueducto, la vieja caja de agua que fuera muchas veces meta de innumerables excursiones infantiles. Te asomas al brocal y haces retumbar tu verborrea en las cuatro paredes del estanque. Tú eres testigo —gritas

furibundo—. Porque aquí sellé el pacto. A tu conciencia me remito. Confío en que sabrás volverte hiel para quienes me sigan acosando. Sin contemplaciones, con firmeza, hasta el fin...

Desciendes ya por la mitad de la ladera, buscando la cabecera del pueblo, y aún persiste en tus sienes el eco profundo de la limosa y arruinada cisterna. Por debajo de mangos y cañafistolas, una línea sinuosa te conduce a las hileras de casas más cercanas... Unos dispersos limoneros anuncian el palenque de Dos Rayos. Te habías hecho el propósito de confesarle todo a ella, apartar tus agravios y con el mismo respeto y aprensión de ruando niño, contarle los apremios que te están consumiendo. Mostrarle en palabras sencillas tus dolores, tu amargura inocente, las huellas lacerantes de los maleficios reunidos y ensañados... Su voz inmemorial te abriría los caminos y tú te sentirías lanzado al porvenir... Pero el ranchón está desolado. Desde aquel mismo sitio donde una vez oyeras su palabra de diosa-poetisa, buscas entre los derruidos bahareques su presencia hechicera. Ni el cuatro, ni el camastro... Solamente la tierra.

“Dos Rayos se marchó” -dijo un anciano. ¿Y cuándo volverá?... “Sólo Dios sabe cuándo... Tal vez nunca”.

Tornas a mirar el caney desde la calle principal y dos caujaras espesas se te abotonan en los ojos. Un halo de encantamiento aísla todo el paraje. La pesada carga de quién sabe cuántas injustas maldiciones tiene cimbradas las dos aguas de palma. Ahora no queda sino esperar que las borrascas de la luna llena resuciten el rasgueo furibundo del cuatro y la voz chillona vuelva a aposentarse en los aleros de las casas.

Tú arrastras calle abajo, como herencia maldita, las iras y los fantasmas de Dos Rayos. Un autobús que pasa detiene su marcha para no arrollarte. Subes a él precipitadamente. Ante el asombro del conductor y de los pasajeros, caminas hacia el fondo, gritando insultos y amenazas... Ustedes son los culpables de que ella se haya marchado. Ustedes —repites con más fuerza, dándole puntapiés a uno de los asientos—, la persiguieron, la obligaron a esconderse y ahora la hicieron huir... Pila de muérganos. Es lo mismo que quieren hacer conmigo. Pero les va a quedar ancho. Porque yo —dices fuera de ti, cuando te quitas un zapato y empiezas a estrellar un vidrio lateral— tengo guáramo de sobra. Uno a uno, hipócritas, farsantes, caerán todos en mis manos. Entonces seré yo quien los hundirá...

El colectivo está detenido momentáneamente.

Algunos pasajeros aprovechan para bajar a toda prisa. El chofer —superado el desconcierto inicial y en previsión de males peores— decide clausurar toda salida y recorrer sin pérdida de tiempo el trecho de escasas cuatro cuadras que es la distancia hasta la Jefatura. Ya, entre empellones, varios viajeros te han inmovilizado. Así te bajan en la esquina de la plaza. Te encierran en un pequeño calabozo con puerta de rejas. “Échenle agua... agua fría pa’ que se calme”, ordena el Jefe. Al par de horas baja Amalia a atender la nueva citación. Del brazo de ella y escoltado por Pánfiro el policía, regresas a tu casa.

Amalia cumple religiosamente la instrucción recibida. “Enciérrelo en su casa hasta mañana. Usted responde”... Desde la sala, en compañía de dos vecinas, sigue con todo celo el efecto del sedante que se sumó al de tus ajeteos y te ha rendido.

SÍ, EFECTIVAMENTE, se irá la próxima semana.

A cuatro días de la casual localización del huésped de Arbeláez, ésta era una conclusión definitiva. Así lo habían determinado las exploraciones en la hacienda y el impecable espionaje montado en la frutería de La Concepción donde Castillo se acercaba a hacer sus compras.

“¿Y hasta cuándo piensa estar por aquí el amigo?, le había preguntado una vez en tono amistoso el dueño del expendio. “Muy a mi pesar —respondió el aludido— tendré que marcharme entre viernes y sábado de la semana entrante”. Al día siguiente, la confirmación clara y terminante; “Pues sí Don Mateo, aunque me voy la semana que viene, confío en que habrá muchas frutas para cuando vuelva. Casi seguro en unos tres meses”.

Nerio y tú se habían distribuido el seguimiento. Él había aceptado ya sin reticencias participar en “la primera fase” de la trama que para consumo de ambos decidiste bautizar “el arreglo”. Como tu único confidente en este caso, contaba con la promesa jurada que le hiciste de irle revelando a su tiempo cada etapa del plan. Cumplidas las gestiones iniciales, consideraste llegado el momento de evaluar todos los elementos que servirían de base a las acciones posteriores.

Te citaste con Nerio para verse en el propio conuco de las vegas de Ana Rodríguez. Así aprovecharían la ausencia de Mano Tino, quien se encontraba en cama tumbado por el reumatismo, y su socio —que era también el tuyo en

esta empresa más audaz— estaría al frente de la siembra, como todos los días.

Dentro de la pequeña choza, donde eran guardados los utensilios de trabajo, abonos y semillas, fue realizada la entrevista, en horas de la tarde.

Veamos lo que tenemos —dijiste de abre boca—. Pongamos los pies sobre la tierra y desmenucemos, una por una, las cosas que hemos investigado y con las cuales podemos ya contar... En primer lugar el sujeto, localizado y seguro cerca de nuestro teatro de operaciones. Constituye el factor central e indispensable. Es, como se diría, la columna vertebral de esta obra maestra que estamos construyendo...

Nerio —expectante y nervioso— oía en cuclillas el análisis que ibas desarrollando. Miraba la S grande que con un garrancho habías marcado en el piso de tierra y pensaba “este hombre es de verdad inteligente; sabe de todo y no le tiene miedo a nada”.

En segundo, lugar —continuaste— el tiempo del cual disponemos: cinco días, del domingo al jueves. Es el conocimiento cierto de su permanencia en el sitio. Un elemento también muy importante, que nos obliga a actuar con prontitud y eficacia.

Dibujaste en el suelo una T. La exposición prosiguió, como si todo lo estuvieras recitando de memoria.

Después, en tercer lugar, el radio de acción debidamente comprobado. Está dado por el trecho que recorre a diario el sujeto en sus paseos, a horas casi fijas y sin acompañante. Es una zona por lo general solitaria.

Luego, en cuarto puesto, la seguridad de este sitio donde nos encontramos. Es el más alejado de sospechas y por eso plenamente confiable.

Una A y una R completaban en la tierra el cuarteto de letras. Esta A —explicaste ante la mirada inquisidora de Nerio— significa “acción Clave” y la R “resguardo’... Por último, dos circunstancias afortunadas que providencialmente viene en auxilio de nosotros y nos allanan de hecho todo el camino.

Miraste a Nerio con fijeza en sus ojos... Una de ellas —le hablaste con voz calmada— es la permanencia de tu mujer donde su mamá en Caracas, acompañada de los muchachos por todos estos días de vacaciones. Se trata de una verdadera coincidencia; de un hecho no calculado, pero que a ti te ofrecerá sin riesgo alguno la más grande facilidad de movimientos, a cualquier hora... La otra circunstancia coadyuvante es la enfermedad de Mano Tino y su imposibilidad de estar aquí en la sementera. Tampoco nosotros provocamos esta favorable realidad. Pero lo cierto es que se ha eliminado un serio obstáculo, en forma gratuita y oportuna.

Habías concluido aparentemente. Nerio se irguió también cuando te pusiste de pie. Te moviste brevemente de un lado a otro. Y, como si hubieses olvidado algo de capital interés, te paraste frente a él, le extendiste la mano izquierda hacia su hombro y lo escrutaste con frialdad granítica por unos segundos.

Nerio —dijiste sentencioso—, ya este plan está en marcha. Su secreto forma parte de nuestras vidas. De ahora en adelante ninguno de nosotros puede darse el lujo de que le tiemble el pulso. Y mucho menos de devolverse... Hoy

sellamos un sagrado compromiso. Si no vacilamos será coronado por el éxito. Y bastará que uno fracase para que fracasemos los dos... Yo dirijo, pero apenas soy un brazo de la operación... Hoy es domingo. Las decisiones para la fase próxima las hablaremos en la caja de agua, a las seis de la tarde, el martes que viene... Sin falta.

CAMINAS, DISTRAÍDO, por la margen derecha del río... Es la media mañana. Te inclinas a ratos para palpar el agua fresca de la orilla. Recoges piedras con desgano y las lanzas en cualquier dirección, como en un ejercicio inconsciente para aliviar tus angustias y tensiones. A veces también te quedas embelesado, fijando las retinas cansadas en la travesía de un zamuro, hasta cuando la mancha negra traspone el tejido de cañas hacia la sordidez de su carroña.

El rumor de la corriente amarra tus pasos y los hace recalar en La Cumba. Todos los duendes y misterios del pozo inmemorial te sobrecogen nuevamente. De la profunda oquedad brotan aún los mensajes doloridos, agónicos, que embrujaron tu primera infancia. Ves el ojo del remolino y te agachas presuroso a buscar las piedras-flechas que puedan espantar su malignidad... Arrojas una y otra, afanoso, insistente. No das en blanco. Te exacerbabas. Tiembles de ira. Pero los disparos epilépticos sólo alcanzan a retumbar en la boca del cerro.

Una sombra fugaz te desvía la atención. Pasó hacia el lado opuesto del cauce. Giras a medias bruscamente, lista la carga en las manos crispadas... Allí está enfrente tu nuevo desafío. Un zamuro anogante, monstruoso,

malintencionado se pavonea en un claro. Pica y se vuelve a cada instante hacia ti en actitud de acecho.

(“¡Asqueroso vampiro!.. Por lo viejo debe ser el mismo con el que no pude la otra vez).

¿Por qué no arrancas? —le gritas a todo pulmón—. Ven a buscar tu carne pútrida... ¿No crees que estoy listo para el festín?

Las pedradas en serie barren las cercanías del animal. Este da saltos pesados por momentos. O se mueve con lentitud, como si nada aconteciera. Su aparente indiferencia te colma de una furia espantosa.

Una sarta de obscenidades cae sobre el pajarraco. Empiezas entonces a avanzar hacia él para buscar mejor posición y afinar la puntería. Cuando estas con el agua arriba del tobillo, logras conectarlo de soslayo. El intenta aletear y cae de lado., pero se recupera sin tardanza. No da muestras de rehuir el acoso. Al contrario, pareciera que hiciese intentos de venírsete encima.

La escandalera ha alarmado al vecindario de las casas cercanas al barranco. Las gentes se agitan casi al borde del peñasco. Levantan los brazos en demanda de piedad o lanzan imprecaciones... Muchos entienden tu actitud y te compadecen. Porque están al tanto del doloroso caso de tus desvaríos. Pero ninguno justifica que te ensañes con un animal indefenso y hasta inofensivo como aquél. Varios sencillamente ríen, al presenciar un espectáculo tan jocoso e inusitado.

Maldito comemuertos —chillas transfigurado—, de ésta no te me salvas... Sucio. Inmundo... Voy a cobrarme las víctimas de tu rapiña despiadada... ¡Aquí vas a dejar el plumero!

Estás en la mitad del río. Te agachas constantemente a buscar piedras en el fondo. Resbalas con frecuencia. El agua te chorrea y luces, con la ropa pegada, más bufo y pintoresco.

Tres o cuatro amigos, condolidos por la escena de tu locura, bajan a la playa para disuadirte y apartar tu cabeza de este trance. Apenas te das cuenta del propósito les adviertes que no avancen... No se acerquen —los amenazas con dos piedras—, porque el que lo haga se muere. Este es un asunto que tengo que deslindar yo a solas. Y tiene que ser el día de hoy.

“Alberto... Alberto, olvídate de eso. Tan solo es un triste animal... No te hará nada”.

No oyes. Te has cegado. Y cuando ves que siguen adelante, armas la fusilería de tu brazo y disparas la primera pedrada. Luego la otra. Y una tercera que logres obtener en tu rastreo. Todas sin éxito, afortunadamente... Cuando intentas reabastecerte, doblado hacia el caudal, resbalas y das de bruces, hundiéndote por contados segundos. Fue tiempo suficiente para que te atraparan... Quieres entonces repartir trompadas y codazos. Pero te inmovilizan y más tarde, ante tus forcejeos, te amarran los brazos hacia atrás con una cuerda.

A la casa llegas exasperado, furioso, incontrolable. Los mismos que te rescataron en el río ayudan, muy a pesar de Amalia, a fijar firmemente las amarras a la cama. Así duermes. Las cabuyas fueron el sedante que no quisiste tomar.

Por la mañana, aún rendido, tu mujer te quita los mecates y se retira a preparar el desayuno. Entrecierra la puerta que da hacia el corredor y todo queda a oscuras. Tú sigues descansando, plácidamente.

A la media hora, unos ruidos apagados, unos golpes secos de trastienda. Amalia detiene su conversación, al fondo de la casa. Oye atentamente por un rato. Y ante nuevos sonidos extraños, parte a todo tropel hacia la sala.

Te encuentra sentado en una silla de lona, con los brazos cruzados. Las dos hojas de la puerta de la calle han sido desprendidas de sus bisagras. Están arrimadas a una pared.

“Alberto, mi amor, ¿qué has hecho?”.

Les he dejado la puerta franca —respondes—. Porque estoy seguro de que hoy sí vienen.

AL FIN, cuando ya empezaba a cundir la frustración, apareció Ramiro Castillo en la puerta principal de la casa.

Era justo el miércoles, dos días antes de su partida. La hora... 9 y 20 de la mañana. Un sol radiante matizaba las copas de los guayabos y los mangos. El olor estimulante del melado andaba suelto en el aire.

El dio unos breves pasos hacia el área abierta, sombreada a medias por el cerco de árboles. Se detuvo momentáneamente. Encendió un cigarrillo y enrumbó hacia la callejuela... Caminaba a solas y sin prisa. Venía en dirección a ustedes, esta vez irremediamente.

Hacía más o menos una hora, cuando tenían el camión estacionado en las cercanías de la gasolinera, donde arranca la angosta vía que da a la “Arbelaceña”, había salido Gervasio en su camioneta ranchera. Llegó a la encrucijada y cruzó hacia Trujillo. Esto era lo que acostumbraba de ordinario, a primera hora en las mañanas. A veces en

automóvil, cuando iba para sitios más distantes. A veces a caballo, cuando se dirigía a El Prado, La Aguadita, La Plazuela, Pampán y la propia Pedregosa.

Quedamos libres —dijiste al verlo pasar—... Vamos por S —le ordenaste a Nerio, que conducía— al punto A de nuestro arreglo.

Desde la reunión en la caja de agua, donde se ultimaron los detalles, Nerio estaba claro con relación a cada movimiento... Una vez que partiera Arbelaez, al tú indicarlo debía movilizar el camión hacia la callejuela en retroceso, lentamente, hasta aparearse con una mata de guamas, a unos ciento cincuenta metros de la casa de la hacienda. Allí se detendría, pegado a la derecha. Ambos bajarían de inmediato, aparentando la mayor normalidad. El desamarraería los ojales de la parte de atrás del encerado, luego se dirigiría a la cerca izquierda, enfrentada al camión; cortaría con su tijera el pabito que sostenía de un poste las tres últimas hebras de alambre previamente partidas y se escurriría a un tupido matorral, a la vera del camino. Allí permanecería oculto e inmóvil. Aseguraría su revólver y esperaría tu señal... Tú tomarías del final de la plataforma del vehículo el frasco de éter etílico, el algodón y la gasa. Desprenderías en forma similar las hebras del alambre. Dejarías, como Nerio, el paso despejado y te guarecerías en el costado de un mogote, desde donde podrías divisar todo el trayecto hasta el frente de la casa y el escondrijo de tu cómplice. Por precaución, quitarías el seguro de la pistola sólo en el mismo momento del asalto.

El camión había quedado listo para la partida. La llave del encendido en la visera. El encerado bien puesto y seguro sobre las compuertas, cubriéndolo todo. Dentro, el

mecatillo para atar al sujeto y los sacos de fique para cubrirlo, junto a bultos de panela y cajas inútiles que harían el parapeto. También, disimulados en un pequeño cajón para herramientas: un rollo de cinta adhesiva, unas tijeras, dos jeringas desechables, una ampolla de tiopental sódico, unos lentes de aumento, un frasco con alcohol y más algodón y gasa... Que estuviera estacionado allí no era cosa extraña o sospechosa. Podía tratarse de uno de los camiones que cargaban panela en el trapiche y estaba accidentado, como había sucedido en diversas ocasiones. Por lo demás, sólo desde la casa grande era visible y allá nadie reparaba en situaciones corrientes como ésta. Menos en aquel momento, cuando estaba deshabitada.

En el instante en que Castillo iniciaba la travesía, tú le diste a Nerio la primera señal con un gesto afirmativo. El levantó discretamente la cabeza y por entre dos ramas pudo descubrir como en flash la imagen borrosa del hombre de sombrero... Se oía que silbaba, a trechos, sin constancia. Tú lo veías venir, confiado, abandonado al goce del paseo...

(“Cumplo con notificar a usted que, por instrucciones del ciudadano Ministro y en cumplimiento del Decreto número 211 de la Presidencia de la República, según el cual los cargos como el ejercido por usted son de libre nombramiento y remoción, ha sido dispuesto prescindir de sus servicios a partir del próximo 31 de los corrientes... Atentamente / Ramiro Castillo”).

Por la cabeza te pasaban en ráfagas, como una turbulencia, imágenes hirientes, desafiantes, desgarradoras.

(“Yo no tengo nada qué ver con que ese individuo esté enfermo... Además, a mí no me consta. Ni que fuera el hijo de mis santos óleos... Que se joda. Es su problema”).

El silbido era cada vez más claro y más recio. Se perdía por entre la cerca y las matas silvestres hacia la plenitud del sembradío... Tarareaba también, con voz atiplada. Cada inflexión, hecha más bien en sorna, parecía una burla a quien lo espiaba. Un reto al destino, que ya estaba invariablemente señalado.

Cincuenta metros... Nerio no se cansaba de mirar las expresiones de tu rostro, casi sin respirar. Una violenta compresión en el pecho, como anuncio del estallido de las vísceras, los mantenía galvanizados. El cuero cabelludo, la línea de la columna vertebral, las manos, los pies se anegaban de un sudor gelatinoso.

También los pensamientos te inundaban. Tenías la vista puesta en el individuo que venía y como si estuvieras hablando en alta voz sentías que las palabras se agolpaban y estallaban entre las sienes.

(“¡Si hubieras sido otra persona!... ¡Si no hubieras hecho tanto daño!.. ¡Si no te hubieras regodeado en el disfrute de la malignidad!.. ¿De qué te vale haber empujado hacia el abismo a los honestos e inocentes para procurarte el poder y las riquezas? ¿Por qué no pudiste cruzarte a buena hora con un versículo siquiera de La Biblia? ¿O con un texto del solitario moribundo de Santa Marta? ¿O con algunas muestras de los tantos humanos creadores que, ayer y hoy, han contribuido a hacer al mundo?... Tu vida se habría iluminado y ennoblecido. Pero en cambio, cuanto te quedó es esta miseria andante de tu espíritu. Esta armazón de huesos que sólo saben resoplar y echar humo...”).

Diez metros o menos... Sólo tú podías observar sus movimientos. Se desplazaba más lentamente. Miraba hacia los carriles del camino, curioso, inquisitivo. Intentaba

detenerse... Lo hizo a muy corta distancia. Recogió una semilla seca de mango y la lanzó contra el follaje de la mata de guamas. Sonrió, displicente ante su tiro sin fortuna. Con la punta del pie derecho sacudió la arenilla y prosiguió... Ya casi pasaba frente a ustedes. Miró el camión y continuó. ¡Ahora!, dijiste para tus adentros. Levantaste la mano izquierda y Nerio se lanzó sobre él. Se le empezaban a insinuar las espaldas. Fue una acción rápida que tú acompañaste en lo inmediato. Él se volteó asombrado, absorto, sin atinar qué hacer. Más sorprendido aún por el reconocimiento instantáneo que hizo de los dos. Quiso correr, pero tú lo fijaste con el arma y nueve palabras sentenciosas; No se mueva. No le va a pasar nada... De ninguna manera podía hacerlo. Nerio — experto en lucha y de más fuerte contextura — lo tenía inmovilizado con los brazos hacia atrás y el cuello constreñido entre la tenaza de su bíceps izquierdo. Lo arrastró hacia la parte posterior y allí quedó aprisionado contra la plataforma. “¿Qué quieren?”, dijo apenas. Tú le tapaste la boca y la nariz con la compresa empapada de éter. El pretendió zafarse y retirar la cara. Pero todo fue inútil. A los pocos minutos se rendía, exánime, desgonzado... Subámoslo rápido — ordenaste. Nerio ascendió primero. Luego los tres desaparecieron debajo del encerado. Afuera la soledad y el silencio eran los mismos. Al minuto tu cómplice saltó a tierra nuevamente. Tú te quedaste recostado en la parte trasera, lista la inyectora entre tus manos. Cuando el otro empezaba a amarrar el meca tillo en los ojales de la lona, le soplaste casi mecánicamente la orden que seguía:

Al punto R, Nerio... Sin prisa.

EMPEZO A DESPERTAR, dificultosamente, cuando apenas tendrían un cuarto de hora de encontrarse instalados dentro de la choza del conuco.

Desde antes de la entrevista crucial sostenida con Nerio, para acordar las acciones finales del secuestro, tú habías estado previendo y acumulando los recursos indispensables. Estos iban desde el transporte necesario y apropiado, que resultó ser el camión de Mano Tino, hasta un par de cotizas, una inyectora o un rollo de pabilo... Así, en el bohío de la vega de Ana Rodríguez podían contarse dos esteras, una hamaca, tres taburetes, una cadena con candado, vasos y platos de cartón, un rústico pote con tapa para el agua, dos sombreros de cogollo y algunas ropas sencillas. Todo dispuesto entre los utensilios de labranza.

Él logró vencer la pesadez y abrió los ojos hacia el techo de palma. Estaba tendido en el suelo, sobre un petate, con las manos aún atadas a la espalda. Una faja de gasa y adhesivo le mantenía sujeta la boca e inmóvil la mandíbula. Cuando volteó hacia ustedes y se topó con sus miradas, un gesto de estupor, de desesperación, de pánico le transformó las partes visibles de la cara. Progresivamente, todo su cuerpo fue siendo presa de espasmos sucesivos. A los pocos minutos el cuadro era de una lastimosa indefensión.

La travesía desde la "Arbelaceña" no había presentado dificultad alguna. Pasaron por la alcabala, en la misma Concepción, poco a poco, como si el camión viniera repleto de panela. El policía de guardia respondió, desde su

asiento, el saludo cordial de Nerio. Y continuaron hacia La Pedregosa. Un kilómetro y medio de distancia. Luego el trayecto por el pueblo. Tú veías por uno de los ojales de la lona parte de la calle principal. “Púyalo, Nerio” oías que le gritaban al chofer. En son de chanza siempre. Y más adelante; “Te estás llenando, Nerio”... Así hasta la salida. De allí al desvió de Ana Rodríguez, cinco minutos como máximo. Después la vía de penetración que cae directa al río... Aquí bajaron Tu amigo y compañero liberó sin tardanza el encerado. Entre los dos cargaron al individuo, haciendo aparentar que él era el más borracho de los tres. Para nada, porque no había ni un alma a lo largo de la senda... Las piernas se le doblaban y las arrastraba mayormente. Con el sombrero de cogollo y las cotizas simulaba un verdadero espantapájaros. El trecho final de cinco cuerdas fue cubierto entre tumbos y rasponazos con las cepas de los plátanos.

El hombre, desde la estera, se fijaba más en ti, como en demanda de compasión.

Oiga bien Castillo —le dijiste de improviso—. Y enmendaste de inmediato: Qué oiga ni oiga... Oye bien, Castillo. Tú ahora estás en nuestras manos. Somos nosotros quienes disponemos y damos las órdenes... Se te acabó el reinado omnipotente y ya no podrás acorralar a nadie, ni burlarte a sus expensas ni mucho menos saquear... Aquí vas a obedecer con el mismo apego conque supiste atropellar.

Te paraste del taburete y fuiste hacia el pote del agua. Tomaste un vaso y te serviste. Él te recoma con la mirada a lo largo del cuerpo, con la respiración entrecortada, y se sentía más inútil y pequeño.

Vamos a impartirte —continuaste— instrucciones muy precisas y tú no podrás darte el lujo de violarlas... Es decir, podrás hacerlo si es tu gusto, pero pagarás con tu vida. Sin que nadie pueda salvarte.

El secuestrado asintió con la cabeza, obediente, sumiso.

Escucha bien, gusano... Nosotros, tus jefes, hemos dispuesto que debes trabajar, aunque sea por una vez en tu vida. Ganarás al fin con tu esfuerzo el pan de cada día. Y en lugar de andar pavoneándote en los mentideros de Caracas, y de estarle buscando la caída a los demás, aquí te dedicarás a un oficio digno y provechoso. Ararás y sembrarás la tierra. Cultivarás este pedazo de vega. De paso te haremos un favor, porque las labores del campo te limpiarán los pulmones y te despertarán esos músculos esmirriados que te dejaron como herencia los escritorios rimbombantes... ¡Claro!, no esperamos que lo hagas de buena gana. Pero tendrás que hacerlo. Será un trabajo forzado. Y que Dios te libre de pretender alzarte o evadirte. A ti no se te pueden respetar derechos de ninguna clase, porque tú no te lo has ganado. Al contrario, todo lo que has hecho es pisotear tus propios derechos y los ajenos... Por eso, ten cuidado con lo que puedas intentar. Mírate en este espejo Castillo. Tanto Nerio como yo estamos armados. Y no para fines de adorno. Si tú hablas contra nosotros o gritas o buscas correr, disparamos... No queremos matarte, porque lo que deseamos es que pagues con trabajo todo el mal que has hecho. Pero si nos obligas, no dudaremos un segundo. Así que tu vida está en tus manos.

Hiciste una señal a Nerio. Él se movilizó y ayudó a incorporar al maniatado. Lo sentó en un taburete, frente a ti. Todavía temblaba.

Ahora te quitaremos el adhesivo de la boca, para darte la oportunidad —como tú nunca lo luciste— de que puedas preguntar o pedir que te repitan lo que no entiendes o comer o beber...

Esperaste a que tu amigo le dejara libres las mandíbulas. Entonces detallaste mejor sus facciones. Tenía el rostro verduoso y más desencajado que nunca. Un párpado le saltaba casi imperceptiblemente.

Tú —le indicaste— vas a trabajar como peón contratado. Sin motivar sospechas. Sin llamar la atención. Serás simplemente un jornalero del campo. Y para que tu figura no desentone, allí tienes ropas apropiadas...

“¿Podré hacer llegar algún mensaje a mi familia?”, preguntó repentinamente.

No por ahora —contestaste con el rostro alterado—... Eso tendrá lugar a su debido tiempo. Por ahora lo que te interesa es cumplir con lo que se te está ordenando... y salvar el pellejo. No estás en el Ministerio, Castillo. A ti te corresponde esperar lo que nosotros decidamos.

Te volviste hacia Nerio.

Compromete la yunta desde el viernes. Comenzarán a arar muy temprano en la mañana.

ARRANCÓ DE SORPRESA, desafortadamente... Rumbo al río. Por sobre baches, troncos y terrones, como un loco

Tú estabas con él entre los surcos. Cumplías el turno de guardia de la tarde. Lo acompañabas apareado a su lado derecho. Las manos ya encallecidas y cansadas conducían

torpemente los bueyes y el arado. Eran más de cuatro horas de sostenido afán sobre la tierra parda que se negaba a ser domada. Cuando llegaban al término del día, largó la garrocha y emprendió la estampida.

Tenía ya casi un mes de estar en cautiverio. Un mes de rutina insoportable y de duro trajín en el conuco... De despertarse en las mañanas, con la primera claridad, y ver desde la estera el mismo techo de palma, la misma cara de Nerio que velaba, los mismos cachivaches que hacían de decorado a la asombrosa pesadilla. Siempre las manos esposadas sobre el cuerpo y uno de los pies sujeto con cadena a un botalón. Después el cale del termo en vaso de cartón, una vez librado de los hierros, y el viaje al monte más cercano, con el guardián inseparable, para las necesidades habituales. Luego a desyerbar, arar o sembrar, según lo que las circunstancias permitieran hacer. Nunca eso sí labores con instrumentos contundentes o cortantes. Esos no pasaban por sus manos... Las comidas, muy simples e invariables, como las de todo modesto agricultor, salvo cuando Nerio se aparecía con su vianda del pueblo... El aseo personal, cada dos o tres días, en la parte más llana y solitaria del río, por lo general a mitad de la mañana... Así, la sucesión de las horas, de sol a sol. Siempre más o menos de igual modo.

Tú mismo te encontrabas agobiado por la singular aventura que empeñosamente habías urdido. Tanto que cuando él echó a correr y buscaba cubrir sin dilación el campo abierto para internarse en el tupido platanal, lo seguiste y le gritabas “párate o disparo Castillo”, pero en el fondo deseabas que se fuera.

La fuga repentina desencadenó una serie de acontecimientos imprevistos. Tú reaccionaste instintivamente y desde el comienzo percibiste su intención de alcanzar una zona propicia para distraerte y evadirse. Impedir que esto ocurriera fue tu primera decisión... Partiste detrás de él también en forma atropellada. Sin pérdida de tiempo. El revólver en la mano derecha. Porque además la liberación que buscaba no iba a suceder a su gusto. No se saldría con la suya, como tantas veces cuando tuvo poder... Alto, Castillo — le ordenabas. Detente gran carajo. No me obligues a disparar... Entonces parecía que corría más Sin siquiera voltear... Que te pares Castillo o eres hombre muerto... Y el fugitivo a todo dar hacia la senda intrincada, hacia su salvación.

¿Por qué Castillo se lanzó a semejante riesgo en aquella soledad? Ciertamente era que aún no había podido escribir a su familia. Pero tú le habías dado la seguridad de haberte comunicado con su casa y haberle dicho a su mujer que estaba bien, sin ningún peligro y que pronto regresaría. “¿Cuánto exigen a cambio de su libertad?”, dizque te preguntaron. Nada — habrías tú respondido. Él está pagando una condena y al hacerlo podrá reintegrarse a su vida normal. Eso es todo... Y en verdad, el plan de ustedes con respecto al fin del cautiverio le había sido también comunicado. “Te dejaremos libre — le dijeron — en una carretera despoblada, no muy lejos de aquí. Ocurrirá cuando sea más oportuno. Pero ten en cuenta esto: somos una organización cuyos brazos visibles para ti —están representados por nosotros. Si cuentas algo y a Nerio y a mí se nos identifica como responsables del secuestro, tú y tu mujer no vivirán más de una semana... Lo que quizás desesperó

al cautivo fue el temor a que aquellas promesas fueran burladas por ustedes. Como corolario, la incomunicación diaria, permanente, actuó en forma de un fiel detonador.

Pocos pasos faltaban para llegar al platanal cuando hiciste los primeros disparos. Fueron al aire.

Tú no querías matarlo ni herirlo. Más bien rogabas que Nerio apareciera por el lado hacia donde él corría. Pero tu compañero se encontraba en el pueblo y estaría de regreso al empezar a anochecer... Es inútil —le volviste a gritar—. Nunca podrás fugarte, imbécil... Chocó con las primeras matas y siguió. No era muy grande la ventaja. Rápido entraste tú también entre los tallos. La línea sinuosa de la senda te dejaba ver a intervalos sus espaldas. Y el bamboleo de las hojas denunciaba con fidelidad su orientación... De repente una trocha. Otro disparo más preciso, esta vez cerca de las cotizas. Ninguna variante en el tropel. Como si nadie lo siguiera. Como si no hubiera nada qué temer... No seas estúpido Castillo —tronó el grito—. No te busques la muerte. Para, pendejo...

Ya se estaba metiendo otra vez entre las matas, cuando pisó una cepa y resbaló. Fue a dar al suelo de costado. Pero pudo erguirse y reiniciar la huida. Sin reparar en nada ni inmutarse. No obstante, ese simple accidente actuó definitivamente en tu favor. Te pusiste a dos metros de distancia. Corrías casi encima de sus hombros cuando salieron a la playa del río. Llevabas tu arma asida por el cañón. Así entraron a la corriente. Lo alcanzaste y le diste con la cacha en el cráneo. Él pudo aún voltearse para hacerte resistencia. Hubo entonces un corto forcejeo y cayeron al agua... No supiste qué pasó. Cesaron sus movimientos. Tú pensaste, Alberto, que se había desmayado. Estaba sumergido,

inconsciente. Fue en obra de segundos... Lo levantaste a duras penas y lo fuiste llevando hasta la orilla. El más grande desconcierto se apoderó de ti. Todo su rostro estaba ensangrentado. No se le percibía señal de vida alguna. Pronunciabas su nombre y sacudías su cuerpo a ver si reaccionaba. Todo resultó inútil. Como agoreramente le habías dicho.

La noche comenzaba a caer sobre la vega solitaria. Empezaste a halarlo, tomado por las axilas, tú andando casi en retroceso. Poco a poco, por la misma senda que unos momentos antes conociera de sus pasos agitados y de su desazón... Veinte minutos o media hora, tropezando en la pesada oscuridad que había descendido precipitadamente. Un tiempo inacabable de temblores y sudores fríos, por la horrible impresión del desenlace. También por la creciente sensación de culpa.

En la choza, la espera interminable de Nerio. La desesperación.

A media noche, al pie de un cerro inhóspito por donde nadie nunca ha transitado, tú y tu cómplice enterraron el cadáver. Troncos, cepas podridas y malezas sirvieron para disimular cualquier vestigio.

Cualquier señal o rastro físico. Porque las secuelas anímicas, ¿quién ha de asegurar que pueden ser disimuladas?

TE HAYAS APOSTADO en el muro de la plaza que da al frente de la iglesia. Está casi por sonar el tercero y último repique para misa.

El ropaje de lluvia que ha mantenido envuelta la mañana empieza a descorrerse. Los brochazos de luz acenúan el grosor de las claraboyas del ingenuo campanario. De las bocacalles emergen ahora más a menudo las figuras desvaídas de los feligreses. Pasan cabizbajos, ausentes, hacia el atrio y en la puerta gigante desaparecen, absorbidos por un aire de timidez y de recogimiento.

Tu impaciencia hace más larga y angustiosa la espera... Tal vez porque estás solo y el tiempo se te pasa con la mirada puesta en las campanas. Algunos otros en cambio, en parejas o grupos, entretienen no muy lejos el corto ocio del domingo con chanzas y gracejos, también pendientes de la cita más sagrada del día.

La idea de esta osadía que te propones fue una ocurrencia de anoche, cuando en la esquina de tu casa una de las Monsalve comentó: “Mañana la misa debe estar mejor que nunca. Sobre todo el sermón Seguro que el padre tiene su buena enjabonada para todas esas sinvergüenzuras que están regadas como monte y que nos van a arropar a todos” En el acto cogiste el cabo suelto. Y apenas abrió el sol te viniste a este sitio para cuadrar bien los cálculos y seguir el movimiento previo al oficio religioso.

De pronto, el repique... Saltas, pero aguantas el primer intento de trasponer en volandas la calle. Dejas que se adelanten los contertulios rezagados. Y luego, tenso, excitado, buscas la entrada del templo. Cuando entras al recinto, la ceremonia está empezando.

La nave central se encuentra casi plena. No así las laterales, donde se pueden apreciar algunos claros... Tú avanzas anhelante por el costado izquierdo. Intentas precisar la ubicación de Amalia, a quien afuera habías dicho “Yo

entro luego"... Descubres que está con las Monsalve en la segunda fila. Sientes un alivio imponderable. Es como una enigmática retribución a tus más profundos deseos: mantenerte a distancia, sin ataduras para poder actuar.

Te ubicas cerca de la penúltima columna. Un vistazo discreto a los alrededores. El paso hacia adelante más o menos despejado. Todos los asistentes invariablemente abstraídos.

En el momento solemne de la consagración no esperas más. Das un breve rodeo a la columna, ágil y decidido. Tropiezas fuertemente con un reclinatorio, pero logras en dos saltos, para asombro general, subir al pulpito... El ruidoso movimiento fue lo primero que atrajo la atención del sacerdote, de los monaguillos y de los desprevenidos parroquianos. Luego la más grande estupefacción por la irreverencia consumada.

Hermanos feligreses —gritas con la diestra en alto, poseído por una vehemencia singular—... Yo también les traigo mi sermón. Es mi propia verdad, que proclamo aquí en este santo lugar... Con el perdón de Nuestro Señor debo decir que en este pueblo hay mucha gente con el rabo de paja. Empezando por el señor cura. Y es un secreto a voces. Como saben también todos ustedes de hechos monstruosos, despiadados. Y todo lo que hacen es callar, con malicia y perversidad... ¿Por qué por ejemplo no se enfrentan a mí?..

Dos de los hombres más próximos, repuestos del estupor, ascienden con rapidez y logran aprenderte y hacerte callar. Bajan los tres dando tumbos. Tú forcejeando furibundo, imposible de contener.

Amalia viene hacia el rebullicio, confundida, llorosa. Pero logras desprenderte y sortear sillas y personas, en dirección a la entrada principal. Tres o cuatro te siguen. Sin embargo, ya cerca de la salida cruzas violentamente a la izquierda con rumbo al campanario. Alcanzas la larga escalera con travesaños de madera y empiezas a subir. Un seguidor veloz se coloca a muy corta distancia. Te agana por un pie y paraliza tu alocado ascenso, que quién sabe cuáles propósitos llevaba... Otros ayudan. Te dominan. Los duros reproches contribuyen a anular tus fuerzas.

(“Ni siquiera los dobles pude dar... Ellos han querido que sea así. Que nadie sepa de la marcha de la muerte”).

Con la mirada extraviada, tus brazos sujetos por cuatro o seis manazas venosas, sales hacia el amparo de tu casa. Allá quedas, prendidas tus extremidades de la cama de hierro.

¡ASESINO!, grita con voz airada la mujer.

Es la culminación de una escena violenta en la televisión, como tantas otras de esta película mexicana que ha ocupado gran parte de la tarde.

Tú, Alberto, saltas de tu asiento como si estuviera dirigida a ti la inculpación. Sacudes la silla contra el suelo y apagas el receptor... Te mueves nerviosamente de un lado a otro de la sala. Y empiezas a proferir una retahíla de confesiones y denuestos.

Yo sí lo hice —exclamas—. Eso nunca lo he negado. Pero ¿por qué no se fijan en las causas?... No soy criminal.

Sólo quise hacer justicia a quien lo merecía, sin propiarme... Hubo una mala jugada del destino.

Amalia cierra presurosa la puerta de la calle. Te toma de un brazo. Te conduce hacia el corredor posterior. “No alces la voz” se oye que dice. “No debes excitarte... ¿De veras es cierto lo que afirmas Alberto?. ¿De qué te sientes culpable?... Yo lo maté Amalia, pero sin proponérmelo... Le haces la declaración como un trueno. Ella comprende la gravedad y se inquieta. “Aquí no —dice— Vamos al cuarto y me lo cuentas todo”.

A la media hora, cuando sale, una visible pesadumbre la conmueve. No puede contener el llanto y busca cobijo en la cocina... Tú has quedado en el lecho, recostado, aparentemente sereno. Los ojos escrutan las láminas de zinc en el techo. Por momentos ves a la mujer de la película recibiendo el cachazo en el cráneo. La ves voltearse sangrante hacia ti y oyes la voz apagada pero firme: “Asesino”. Caе de espaldas en la mitad del río y desaparece en la corriente. Cierras los ojos y escuchas en forma persistente el susurro acusatorio: “Asesino... asesino”. Agitas la cabeza para espantar la visión que te persigue y vuelves a la sala.

Tomas tu silla de cuero, abres nuevamente la puerta y buscas tu sitio de siempre en la acera alta. Amalia viene y te acompaña por un rato. Luces tranquilo y eso la reconforta. En realidad, un pasajero estado depresivo te mantiene alelado. Tienes la vista sembrada en la cuneta. El ruido innominado del mundo parece el coro de un velorio. La cara flaca y paliducha se asoma desafiante, burlona. “Tú creías que ibas a durar mucho... Que podías desafiar mi voluntad. Pues no mi amigo. Si estás creyendo que a uno le importan tus quebrantos, tus desvelos, tus esperanzas,

es mejor que mudes esa ilusión a un parque celestial... Tú no eres nadie, sólo un pobre diablo cualquiera. Tú caes y es punto muerto. Porque eres simplemente un imbécil... Un desecho”.

Por eso lo maté —gritas envuelto en ira—. Por eso lo borré para siempre. Y aquí estoy para que me la cobren... Armas un salto impetuoso hacia el medio de la calle, con los brazos en alto, como si fueras a volar... El golpe seco de un camión que va en bajada te lanza bruscamente contra el filo de la acera opuesta.

Te sientes empapado en un sudor espeso, tibio.

Ves la bombilla y los cables que giran en un círculo furioso... Y percibes los borrosos aleros que se elevan como perdices hacia el cielo.

TERCERA PARTE

ANTES QUE LOS FANTASMAS...

AMALIA TAMBIÉN tiene la culpa... Ella ayudó a empujarme hacia el barranco. Y cuando caía en el precipicio se apartó indiferente. Jamás buscó lanzar al aire la piedad de una sogá salvadora. Me dejó hundir desolado, con la sentencia que el infortunio descargó sobre mis hombros. Lleva en su alma los designios del mal. Es una bruja satánica, despiadada... El bullicio enciende toda la calle. Los dicterios e infamias parten como lombrices de la boca de un hombre con el rostro velado. Viene al frente del tumulto. Un relámpago como la bomba de Hiroshima deja ver la furiosa procesión. Cada quien con su yunta de bueyes y un poderoso látigo en la diestra... “Vamos a ella” truena el coro a cada instante. Y llegan. Hacen un cerco rugiente, ensordecedor. Prenden la casa por todos sus costados y empiezan a tirar de ella con las yuntas, hasta desencajarla. El techo se resiente. Va a desplomarse. Viene cayendo. Y es la cara aplanada, amarillenta, desconcertante de Alberto Lunar.

“No Alberto... No... No...”.

—Despierta mamá... ¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

—Una pesadilla horrible. Un sueño pavoroso y tu padre estaba allí.

Tú la ayudas a sentarse en el borde de la cama. Le acaricias los cabellos grises y le susurras unas amables, amorosas palabras para tranquilizarla.

—Está ya amaneciendo —dices—. No te angusties, vieja. Ha sido un sueño solamente. Es la impresión de todos los arreglos del funeral para papá.

—Sí, hijo, debe ser... Aunque no se trata de la primera vez. Ya antes he tenido otros sueños con Alberto que me han impresionado mucho.

—Por eso es que he decidido que te vayas a vivir a Mérida conmigo. Mi trabajo me da ya para que podamos mantenemos los dos, mientras termino mis estudios de Administración de Empresas Forestales... Tú no puedes seguir viviendo aquí, por lo menos durante un tiempo, sumida en todas estas cosas que revelan a cada paso la imagen de mi padre. Además yo también te necesito. Después veremos si volverás al pueblo.

Esta era tu determinación. Habías venido al funeral del viejo, “que debe ser en La Pedregosa”, como había dicho tu madre, pero básicamente te interesaba rescatarla, antes que los fantasmas también cargaran con su adolorida existencia.

Las Monsalve la habían acompañado en todo este largo tiempo de soledad. Como eran vecinas de una calle por medio, se alternaban por las noches para estar al lado de la viuda de quien fuera tan querido hijo del pueblo, hija también ella de la devoción de todos y tu progenitora ejemplar.

Tú bajas a la iglesia a arreglar los últimos detalles de la ceremonia religiosa. Y sientes al andar por la calle principal que repercuten en ti los pasos de tu padre. Parece como si no fueras tú sino él mismo quien transitase bajo la luz vertical del fin de la mañana.

Llegas al altozano y te detienes, conmovido, nostálgico, frente al espacio iluminado de la plaza. Frente a la arboleda magnífica que él te enseñara a amar... Entonces también tú lo ves, sonriente, animándote con los brazos extendidos y la palabra afectuosa para que te arriesgaras en el viaje hacia él sobre patines. Y en las retretas que hacían su más grande delicia. Y en las reuniones de amigos donde su figura ágil, nerviosa, resultaba inconfundible.

Cuando avanzas hacia la nave central del templo, dos lágrimas ruedan sobre tu guayabera azul celeste.

DESPUÉS DEL FUNERAL regresaron a la casa, Amalia y tú, acompañados por vecinos y otros amigos del pueblo.

—¡Qué misa cantada tan bella! —dijo Rosarito Quevedo, buscando iniciar conversación—... La iglesia lucía llena. Y dígame esos ramos de flores tan preciosos!

Estaban Nerio, su mujer y dos de sus hijos. También las Monsalve, algunos de los Barreto, Aura Cermeño, las Gallardo, las Linares y otras seis u ocho personas.

—Parece mentira que hayan pasado ya tres años —comentó Ana Monsalve.

—Y pensar —agregó Amalia— que aún estaría aquí entre nosotros, si no hubiera sido por esa condenada manía de que él había secuestrado y asesinado al tal Ramiro Castillo... Imagínense, el Castillo y que compinche del Gervasio Arbeláez, con los añales que tiene el borracho ese de muerto... ¡Alberto tenía muy enferma la cabeza!

Se abrió un largo silencio. Todas las miradas estaban puestas en el rostro pálido y descarnado.

—Se hizo la voluntad de El Señor —volvió a terciar Ana Monsalve— y sólo debemos tener conformidad.

Siguieron conversando hasta bien entrada la noche.

Y hoy, casi ellos mismos están aquí también, en la acera donde tu padre se sentara tantas tardes a ver transcurrir la vida del pueblo y a dar rienda suelta a sus cavilaciones.

—Bueno vieja, ya tenemos que irnos.

Suben al autobús y desde la ventanilla das un último vistazo al caserón de tus abuelos... El solazo que cae sobre la calle les da también la despedida.

ÍNDICE

Primera Parte

LOS RAYOS DEL SUEÑO 9

Segunda Parte

EL ARREGLO 59

Tercera Parte

ANTES QUE LOS FANTASMAS... 115

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter / X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV

Las iras del orate
se editó en digital en la
Fundación Editorial El perro y la rana
en noviembre de 2023
Caracas - Venezuela

Alberto Lunar, empleado del Ministerio de Construcción, es injustamente despedido por el viceministro Ramiro Castillo, llevándolo así a un callejón de desvaríos irrefrenables, colmado de una necesidad de venganza imperiosa. Sin lograr distinguir entre la realidad y sus delirios, topa con un desenlace trágico. *Las iras del orate* es el texto más experimental de Osmán Aranguibel y es también el más logrado de sus trabajos; un título que se sitúa como imprescindible en el haber trujillano. Con la intención de rendir al autor un muy merecido homenaje, hacemos llegar estas líneas rebosantes de nostalgia andina.

OSMÁN ARANGUIBEL C. (Pampanito, 1932 – Caracas, 1994)

Educador, escritor y periodista venezolano. Licenciado en Periodismo (UCV). A lo largo de su carrera profesional se desempeñó como reportero y colaborador de opinión en los diarios *La Esfera* y *El Nacional*. Dirigió las revistas venezolanas *Don Simón* y *Tricolor*; fue director de Relaciones Públicas y de Cultura de varios organismos del Estado, entre ellos el Ministerio de Educación. Es autor de las novelas *Las iras del orate* (1981), *El Oscurano* (1983) y del libro de cuentos *Tan fuera de este mundo* (1985).

